
Selección
TERROR
CURTIS GARLAND
ESPECTRO



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

366 — El rostro del horror, *Curtis Garland*.
367 — El rapto del alucinado, *Ralph Barby*.
368 — La danza de los fantasmas, *Clark Carrados*.
369 — Una losa sin nombre, *Glenn Parrish*.
370 — Un gorila llamado Max, *Joseph Berna*.

CURTIS GARLAND

ESPECTRO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 371
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 4.947 - 1980
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: abril, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

Karin Colfax desorbitó los ojos cuando la enorme araña peluda colgó sobre su cama y súbitamente se deslizó sobre un hilo satinado, para caer con sus repugnantes patas encima de su rostro.

Lanzó un grito estremecedor al sentir el contacto de las viscosas extremidades del arácnido sobre su piel suave, cerca de la boca. La araña, como asustada, reptó por encima de su faz, saltó a sus rubios cabellos y se perdió por la almohada.

Karin se incorporó violentamente, bañada en un sudor frío, todavía gritando por el pánico acumulado en ella, y tuvo que dar la luz y respirar hondo, en el confortable y amplio dormitorio, para comprender finalmente que acababa de despertar de una pesadilla y que en ella se había quedado la inexistente criatura de patas velludas, junto con todo el miedo y la angustia que ello significara. Aun así, tardó un tiempo en serenarse, mientras sentía el golpeteo desesperado de su corazón dentro del pecho.

La mano que tomó el cigarrillo temblaba al encenderlo, pese a que en la moderna, limpia y aséptica habitación, era prácticamente imposible que se pudiese hallar araña alguna Como la de su horrible sueño.

Tuvo que saltar de la cama, sus bonitas piernas al aire, para ir en busca de un poco de brandy del mueble-bar, que la hiciera sentir más tranquila. Enjugó su piel en una toalla suave y esponjosa.

Lentamente, se fue serenando. Muy lentamente, para ser exactos. Miró casi con terror las sábanas revueltas y el hueco formado por su cuerpo en el lecho. Parecía darle pánico intentar conciliar el sueño otra vez. Sus ojos angustiados evocaban la presencia del horrible arácnido. Y revelaban todo el terror que le producía pensar en su posible regreso, aunque sólo fuera como producto de otro mal sueño.

Fumó el cigarrillo nerviosamente, paseando por la estancia medio desnuda. Aunque la temperatura allí era confortable, llegó a sentir frío. Se envolvió en una bata que anudó a su cintura descuidadamente. Los ojos pardos reflejaban inquietud. Una inquietud capaz de vencer el sueño y el cansancio.

Sueño y cansancio de días. De bastantes días ya. Hacía ya tres semanas que muriera Frank. Y seguía sin descansar bien. Sin sentirse tranquila, sin disfrutar de un sueño reparador.

Y todo eso, a pesar del médico...

El médico.

—Tendré que volver mañana —musitó, aplastando el cigarrillo en un cenicero—. Y contarle mi sueño...

Se sentó en un sillón, arrebujándose en él, con la idea de esperar a que le viniera el cansancio y pudiera dormirse lo suficiente para entonces ir a la cama y tratar de reposar.

Lo cierto es que el sueño la venció de tal manera, que brillaba ya el sol en

los cristales del amplio ventanal asomado a la terraza, cuando se despertó, sintiéndose entumecida y torpe, tal como se pusiera en el sillón inicialmente.

Se aseó con rapidez, y solamente una hora más tarde estaba en la consulta del doctor Mathieson, médico psiquiatra de ella y de su difunto esposo, Frank Colfax.

* * *

—Una araña... —el doctor Mathieson, joven y simpático, de mirada risueña tras sus gafas de montura plateada, sonrió, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Por Dios, señora Colfax, eso carece de importancia. Cualquier persona nerviosa puede tener esa clase de pesadillas. Y más si ha tomado alguna copa antes de irse a dormir pensando que con ello facilitaría su sueño...

—Debo confesar que ése fue mi caso —dijo Karin, avergonzada, inclinando la cabeza—. Temo las pesadillas y tomé dos copas de brandy previamente...

—Eso no significa alcoholismo, pero influye en las visiones oníricas cuando la tensión emocional sufrida recientemente es lo bastante fuerte como para crear esas posibles pesadillas. Pero le aseguro, señora Colfax, que eso es todo. No debe temer nada de tales sueños. Le facilitaré un sedante que le proporcione un reposo más profundo, menos inquieto, pero no deberá habituarse a él, sino tomarlo solamente durante un par de semanas como máximo, hasta superar el bache emocional que está usted pasando lógicamente en estos días.

—No tiene sentido que exista tal bache —objetó Karin con energía—. Sabía que Frank iba a morir. Su tumor avanzó' con rapidez y él mismo me advirtió de que sus dolores aumentaban por días y veía venir el final. No fue una sorpresa su muerte, doctor. Creo que me sentía preparada ya para lo peor.

—Eso pensó usted. Pero la realidad demostró que las cosas no eran así. Además, está su cuñado... El ha creado dificultades que usted no preveía, ¿no es cierto, señora Colfax?

—Mi cuñado... —suspiró Karin, estremeciéndose—. Sí, es posible que haya sido el factor imprevisible de todo este trance. La muerte de Frank era de esperar. Pero el comportamiento de su hermano Steve, su modo de reaccionar contra mí... eso no puede por menos de derrumbar a cualquiera.

—Señora Colfax, ¿ha pensado en poner el asunto en manos de la policía? —preguntó súbitamente el doctor Mathieson, con voz suave, que pretendía ser apacible pero que causó en ella una sacudida emotiva inevitable.

—La policía... —repitió la palabra, como sopesándola en toda su desagradable y escandalosa dimensión—. Cielos, no. Eso no. No sería digno de los Colfax... ni de mí. No, eso a Frank no le hubiera gustado en absoluto.

—Pero su esposo está muerto, señora, hágase a la idea.

Es usted a quien debe gustar o no de una determinada decisión. A fin de

cuentas, es la propia dignidad del difunto la que ahora está en juego, con esas escandalosas declaraciones de su hermano Steve a los periódicos sensacionalistas de Los Angeles...

—Por favor, ni las mencione —Karin humedeció sus labios, paseando inquieta por el consultorio—. Cada vez que pienso en todo ese escándalo, en las tonterías que se han escrito en la «prensa amarilla» de esta ciudad en torno a las presuntas aficiones de mi marido...

—Usted era su esposa y no sabía nada de eso, ¿no es cierto? —sugirió el médico, mirándola atenta pero dulcemente.

—No, nada —rechazó ella con tina expresión de repentina angustia en su faz—, Puedo asegurarle que no hay en nuestra casa de la ciudad, ni tampoco en la de Malibú, rastro o indicio alguno de que mi esposo fuese... fuese lo que dice su hermano.

—Personalmente, creo que Steve Colfax está resentido con su fallecido hermano a causa del testamento que le deja a él sin un centavo y la nombra a usted heredera universal de sus bienes. Y ese resentimiento le ha llevado a hacer afirmaciones poco serias y responsables contra Frank Colfax. Afirmaciones que, inevitable y desgraciadamente, tenían que afectar a usted de rechazo, especialmente por interés personal de los reporteros de esos periódicos que viven del escándalo.

—Es posible que tenga razón. Me pregunto si debería compartir mi herencia con ese muchacho, y evitar así que vaya por ahí haciendo declaraciones escandalosas e improcedentes que no sólo ensucian la memoria de Frank, sino que también me afectan a mí emocionalmente, por culpa de ese alud de reporteros inescrupulosos que asedian mi residencia.

—No lo haga, créame —aconsejó severamente el joven psiquiatra—. No haría sino satisfacer una especie de chantaje ejercido por su cuñado descaradamente, y que él se saliera con la suya, pudiendo seguir su vida de disipación con muchachas como esa tal Stella Sawnee, que vive ahora con él como amante y se exhibe vergonzosamente en los locales menos respetables de la ciudad.

Karin movió su rubia cabecita con aire abatido, y el doctor Mathieson se dijo que, por un momento, parecía una muchacha demasiado indefensa y desasistida contra las asechanzas de un mundo particularmente duro y hostil para las personas de buena fe.

—Creo que, de todos modos, tendré que hablar con él y tratar de que se vaya de la ciudad lo antes posible, con esa mujer..., aunque sea a cambio de algún dinero, doctor. Mi tranquilidad, después de todo, es antes que el dinero, doctor Mathieson.

—Haga lo que quiera —suspiró el psiquiatra—. Eso ya no entra en mis atribuciones profesionales, pero insisto en que lo mejor sería recurrir a la policía y acusar de falsedad a su cuñado. Eso, cuando menos, le asustaría lo suficiente como para dejar de decir todas esas tonterías.

—No, no. Prefiero evitar por ahora esos enfrentamientos, lo intentaré por

medios pacíficos y amistosos, y tal vez resulte bien.

—Su cuñado dista mucho de resultar un muchacho pacífico y amistoso —señaló irónicamente el psiquiatra—. Es tan agresivo y difícil de tratar como atractivo resulta sin duda para las mujeres.

—En ese terreno puede estar tranquilo —sonrió Karin tristemente—. No fue un gran amor el de Frank y yo, pero sí un cariño profundo y sincero. Resultará difícil que me deje seducir por nadie, y menos aún por mi cuñado, con quien no simpatizo en absoluto. Pero sé a lo que se refiere, doctor. No va a ser una negociación fácil. Sin embargo, todo es preferible al escándalo.

—Le deseo suerte, señora Colfax. Va a necesitarla, estoy seguro,

—Sí, yo también lo estoy —esperó a que el psiquiatra Je diera la receta de las nuevas tabletas sedantes, y tras darle las gracias, abandonó el consultorio.

Desde una cercana cabina telefónica llamó a un determinado número, preguntando por

Steve Colfax. Le dijeron que no estaba. Dejó un breve recado y colgó, regresando a su deportivo descapotable rojo con el que se alejó hacia Santa Mónica, donde tenía su residencia invernal, justamente en Wilshire, entre la Universidad de California y Westwood.

* * *

No había ido al Vivero desde hacía tiempo.

Tal vez por eso sintió cierta impresión al pisar su confortable y acogedor interior, decorado con motivos marineros, salpicado de redes, farolas de pesqueros y viejas áncoras herrumbrosas, sobre el fondo ocre de sus muros. Manteles rojos en las mesas, daban a éstas un aire grato, y la iluminación era en su totalidad difundida por lámparas de viejos veleros, aunque dotadas de electricidad, naturalmente. Numerosos viveros de crustáceos vivos, iluminados en tonos verdes y azules, salpicaban los rincones, justificando el nombre del establecimiento.

El Vivero, instalado en Hermoso Avenue, frente a la playa y los embarcaderos, era un agradable restaurante especializado en la degustación de frutos de mar de todas clases. La última vez que estuvo allí, Frank iba con ella. A él siempre le gustó el pescado. Era un gourmet de la especialidad. Se preguntó por qué tenía que haber elegido aquel lugar, habiendo tantos otros en Los Angeles. Pero era tarde para volverse atrás. Ya estaba allí.

—Señora, su mesa está reservada —dijo el camarero, obsequioso, mostrándole una situada en un discreto rincón, junto a un vivero de langostas —. Sígame, por favor.

—Perdón —se extrañó ella—. No he reservado mesa alguna para esta noche...

—¿No es usted la señora Colfax? —indagó el camarero.

—Sí, pero...

—Recuerde que la serví varias veces cuando venía con su difunto esposo,

señora. Y siempre les reservaba la misma mesa, la que le gustaba al señor Colfax.

—Lo recuerdo muy bien. Sólo que hoy no he llamado encargando ninguna...

—La señorita que lo hizo en su nombre, sin duda se ocupó de ello —sonrió el camarero, siempre complaciente y obsequioso.

—¿Señorita? ¿En mi nombre? —Karin se sintió irritada pero se dominó—. ¿Dijo ella quién era?

—No. Sencillamente, reservó la mesa, eso fue todo. Dio su nombre, y nada más.

—¿Mencionó una mesa concreta?

—Sí. La de costumbre. Es lo que dijo. ¿Acaso he cometido algún error, señora?

—No, no, al contrario. Lo hizo muy bien, gracias. Sólo que no sabía de ese encargo, es todo. Ha sido usted muy amable.

—Es un placer atenderla, como lo fue atender a su esposo y a usted en otros tiempos.

Llegaron a la mesa. Karin contempló los asientos vacíos ante el rojo mantel. Sus ojos se ensombrecieron. Era como cualquier otra noche, con Frank al lado. Sólo que ahora Frank ya no estaba. Ni estaría nunca, dijera lo que dijera su hermano.

Se sentó. Sus invitados no habían llegado aún. No le complacía la idea de compartir la mesa con su cuñado Steve y su amante, aquella descocada Stella Sawnee. Pero había que hacer de tripas corazón si quería resolver aquel engorroso asunto de un modo o de otro. Esperaba que ésta fuese la última vez que tuviera que soportar semejante trance. Todo el mundo tenía un precio, y el de un individuo de la catadura de Steve Colfax, no podía ser demasiado elevado.

Se sorprendió al ver aparecer en la entrada del restaurante a la mujer sola. Enarcó las cejas. Ella se aproximó a su mesa con paso rápido y seguro.

Evidentemente, era joven. Y atractiva. Pero el atractivo de Stella Sawnee era casi obsceno. Poseía unos pechos demasiado grandes, sin sujetador, cuyos pezones abultados se dibujaban contra el tejido liviano de su blusa. La falda estaba demasiado ceñida para la prominencia de sus caderas y trasero. Pero evidentemente, era feliz logrando que la gente se volviera a silbar mirando sus curvas cuando iba por la calle.

—Buenas noches —saludó parándose ante ella con una sonrisa algo sarcástica—. ¿Llego tarde, señora?

—No —rechazó Karin con cierta frialdad—. En absoluto. ¿Y mi cuñado?

—Steve no puede venir esta noche. Ruega que le disculpe —se sentó, burlona, frente a ella.

—¿Cómo? Pero era con él con quien yo debía discutir cierto asunto...

—El me ha pedido que lo discuta conmigo —rió Stella Sawnee—. Tengo atribuciones totales para decidir lo que sea. Steve confía ciegamente en mi

criterio.

—Está bien —Karin dudó, tras un momento. Hizo un gesto, mostrando las tres cartas puestas sobre la mesa—. Elija su menú, en tal caso, señorita Sawnee.

—Muy amable —la muchacha de cabellos rojos y sueltos, de belleza agresiva y sensual, tomó la gran carta, abriéndola displicente para elegir su cena.

Karin tomó la suya. La abrió. Miró la lista de pescados.

Y lanzó un grito ronco, sintiendo que palidecía de repente. La otra la miró, con aire sorprendido, apresurándose a inquirir:

—¿Le ocurre algo, señora Colfax?

Karin ni siquiera tuvo fuerzas para contestar. Seguía mirando fijamente aquellas palabras, manuscritas en forma diagonal sobre la lista de pescados:

«Buen apetito, querida. No me olvides.»

Conocía demasiado bien aquella letra para dudar. Era la de él. La de su difunto esposo Frank.

CAPITULO II

—Evidentemente, la señora ha sufrido una alucinación motivada por su actual estado nervioso... ¿Puedo ayudarla en algo?

—No, no, gracias... —Karin rechazó con energía al camarero del restaurante, miró al rostro inexpresivo y como burlón de su compañera de mesa, y respiró hondo, encaminándose a la salida—. Lo siento. Creo que no podría tomar nada en estos momentos... ¿Usted se queda, señorita Sawnee? Si es así, por favor, que carguen en mi cuenta su menú...

—No, gracias —dijo la amante de Steve Colfax despectivamente, poniéndose en pie y tirando la carta sobre la mesa—. No he venido a mendigar una cena, señora. Si usted ve visiones, allá usted con sus problemas, pero no me divierten situaciones así.

—Lo lamento de veras —suspiró Karin—. Creí ver... estoy segura de que leí... un texto manuscrito sobre esa carta...

—Ya ha visto que no hay nada escrito en ella —aseguró el camarero, mostrando la carta que examinara Karin, limpia de toda escritura que no fuese la impresa—. Pero eso no tiene importancia alguna, señora. Quizá imaginó eso a causa de la emoción de un recuerdo, del lugar donde siempre venía con su esposo...

—Sin duda fue eso —fijamente, volvió a mirar la cartulina tersa y limpia y movió la cabeza con desaliento. De repente, miró a Stella Sawnee e inquirió —: ¿Fue usted la que telefoneó al restaurante pidiendo esta mesa exactamente, señorita?

—¿Yo? —Stella enarcó sus cejas rojizas con aire perplejo—. ¿Y por qué diablos tendría que hacer tal cosa, si soy yo la invitada y usted la anfitriona?

—Sí, eso es cierto —Karin se mordió el labio inferior—. Perdone. No debí preguntarle eso. ¿La puedo llevar en mi coche a alguna parte?

—No, gracias. Usaré un taxi. No me gusta deber favores.

—Diga a Steve que le llamaré mañana. Tal vez en otra ocasión pueda... reunirse con nosotras también él. Será lo mejor.

—Sí, es posible. Buenas noches, señora Colfax —y se alejó, moviendo agresivamente sus nalgas en un cimbreo espectacular de su figura exuberante.

Karin regresó a su coche deportivo. De repente, había perdido todo apetito. En el mar destelló un relámpago lejano que iluminó el horizonte. La noche era bochornosa y estaba cargada de electricidad. Karin se estremeció al sentarse al volante. Recordó de nuevo aquellas palabras, como grabadas a fuego en su mente: «Buen apetito, querida. No me olvides.»

Creía haberlas leído nítida, claramente. Escritas en la carta del menú. Y, sin embargo, allí no había nada. Absolutamente nada escrito.

—Dios mío —susurró—. ¿Estoy empezando a volverme loca?

Se alejó del Vivero a toda velocidad, por si la tormenta se aproximaba a la zona urbana antes de tiempo. Sus manos temblaban en el volante, inseguras.

Los relámpagos seguían siendo visibles esporádicamente por la zona marítima, pero ni siquiera llovía o se escuchaba el ruido de los truenos. Era como si la atmósfera toda empezase a cargarse de electricidad estática, presta a convertirse en cualquier momento en un estallido devastador y contenido.

Karin llegó finalmente ante su lujuriosa residencia de Wilshire. Metió el coche en el garaje y entró en el edificio. Marsha Kelly, su doncella, apareció en el vestíbulo bien iluminado, con su sonrisa más reconfortante.

—Regresa muy pronto la señora —manifestó suavemente, contemplándola con sus grandes ojos, oscuros y vivaces, resaltando en un rostro moreno, de labios carnosos y nariz ligeramente achatada.

—Sí. La cena resultó un fracaso —dijo vagamente Karin, con un suspiro.

—Lo siento —Marsha era siempre una muchacha prudente, de pocas palabras y escasamente curiosa. Lo había sido siempre, incluso en vida de Frank—. ¿Desea que le prepare algo?

—No, gracias —rechazó ella—. No tengo apetito alguno, palabra. Preferiría tomar algo caliente y retirarme a descansar.

—Como quiera, señora —Marsha se retiró discretamente, mientras añadía—: En un momento le habré preparado lo que desea...

Karin respiró hondo, encaminándose cansadamente a sus habitaciones, que parecían mucho más amplias e inhóspitas desde que muriera Frank. A través de los ventanales, los relámpagos eran visibles sobre el jardín que rodeaba la residencia de los Colfax. Esta vez sí fueron perceptibles unos leves tamborileos de los truenos en la distancia. Momentos más tarde, comenzó a llover con alguna intensidad. Las gotas golpearon sordamente los vidrios de los ventanales y puertas-balcón asomadas al jardín, oscuro y frondoso.

Karin se estremeció al pisar su dormitorio y contemplar la amplia cama matrimonial, ahora vacía. Borrosamente, evocó el momento de leer las letras manuscritas en el menú del Vivero. ¿Llegaron a existir realmente alguna vez? No, no era posible. Ella había contemplado largamente aquella tersa cartulina durante varios minutos, apenas unos instantes después, sin ver nada que recordara una sola letra escrita, fuera de los platos y vinos especificados. Era absurdo, pero ¿por qué tuvo esa inexplicable visión?

—Debo vigilar mis nervios —se dijo en voz alta—. No puedo continuar así...

Se tomó una tableta de un pequeño frasco situado en la mesilla de noche y la ayudó a pasar con un trago de agua. Empezó a desvestirse con desgana. La cita con su cuñado había sido un fiasco completo. Steve nunca se presentó a ella. Sólo Stella, su amante.

No le gustaba Steve. Tampoco ella. Pero no quería pleitos ni problemas legales. No los podría soportar, en las actuales circunstancias. Y sabía que ellos se daban perfecta cuenta de su situación y querían forzarla al máximo para obtener el mayor beneficio posible.

Esperaba resolver cuanto antes ese engorroso problema, Y poder descansar tranquilamente, olvidar... Y ser alguna vez, nuevamente, la misma Karin que

fuera antes. Si es que eso era posible.

Una suave llamada precedió a la llegada de Marsha con la bandeja. Traía una infusión caliente, que puso sobre la mesilla, mientras ella se acostaba. Permaneció unos momentos en pie ante el lecho.

—¿Desea algo más, señora? —quiso saber.

—No, Marsha, gracias. Ya está bien así. Puede retirarse. Ya no la necesitaré más por esta noche. Mañana llámeme a las ocho. Tengo muchas cosas que resolver en el Banco y en las oficinas de mi esposo...

—Descuide, señora —prometió Marsha Kelly—. A las ocho en punto. Descanse bien.

Salió con su discreción habitual, cerrando suavemente tras de sí. Karin se azucaró la infusión, le dio vueltas y tomó un sorbo. Se arropó hasta el cuello, y un centelleo tras las cortinas de la puerta-balcón asomada a la terraza del jardín, le recordó que no había pedido a Marsha que cerrase bien las cortinas. Suspiró con disgusto, incorporándose del lecho y dirigiéndose a los espesos cortinajes para ajustarlos. Fuera la lluvia arreciaba y los fulgores de las descargas eléctricas se sucedían con mayor frecuencia.

Aferró las cortinas para correrlas de un tirón. Dos centelleos casi simultáneos alumbraron el jardín como si fuese de día, aunque con una luz cárdena y de lívidos matices que parecía formar parte de una pesadilla.

Y la pesadilla se hizo realidad.

Tremenda y espantosa realidad.

Ante sus ojos, repentinamente desorbitados, apareció la figura. Erguida, imperturbable, rígida, inmóvil entre los setos y árboles. Mirándola. Mirando a las vidrieras iluminadas.

Estaba en pie al fondo de la barandilla de piedra de la terraza, la lluvia corría sobre sus cabellos, su rostro y sus ropas. Tenía la palidez marmórea de la muerte, el brillo helado de unos ojos vidriosos que no eran de este mundo.

Karin exhaló un alarido ronco, terrible. Su rostro se desfiguró por el terror. Se tambaleó, aferrándose con manos engarfiadas a los cortinajes. Resbalaron por éstos sus dedos trémulos y cayó de bruces, quedando inmóvil en el suelo alfombrado.

Fuera, otro destello cárdeno, acompañado del ronco fragor del trueno, alumbró la rígida, siniestra figura humana de la terraza, cuyo rostro era el de Frank Colfax, el difunto esposo de Karin...

* * *

El doctor Mathieson se frotó el mentón, pensativo. Miró a Marsha Kelly que, silenciosa, asistía a la vista del psiquiatra en la vivienda de Karin Colfax. Esta permanecía tendida en su cama, con un paño húmedo en la frente, el rostro pálido pero sereno, y el cuerpo relajado por la acción de los sedantes.

—¿Seguro que usted no vio a nadie en el jardín esta noche, señorita Kelly? —se interesó el médico.

—Totalmente segura, doctor —afirmó Marsha con energía—. Estaba lo bastante cerca aún del dormitorio de la señora como para oír su grito de horror y acudí con rapidez, apresurándome a atenderla. Pero no olvidé, dado el lugar donde cayera, junto a esa puerta-balcón, de mirar afuera, al jardín, que los relámpagos iluminaban con fuerza. No vi absolutamente a nadie, ni huellas de que hubiese persona alguna en el exterior, capaz de poder amedrentar o causar alguna impresión a mi señora.

—Pudo existir un intruso que luego, asustado, huyera por el jardín —sugirió el joven psiquiatra.

—Es posible, pero no probable —dudó Marsha—. Resulta difícil escalar esta fachada para llegar hasta aquí, y los merodeadores que quieran refugiarse en el jardín, tienen lugares más adecuados, a menos que intenten robar o cosa parecida, cosa que no creo les impidiera hacer el desmayo de la señora, de habérselo propuesto. Y nadie intentó entrar aquí en ningún momento, puedo asegurarlo. Tampoco vi huellas en la terraza, pese a que en parte de ésta no cae la lluvia por cubrirla la cornisa del edificio. No puedo entender cómo insiste la señora en que había un hombre ahí afuera, frente a las vidrieras...

El doctor Mathieson le hizo un gesto rápido para que callara, porque borrosamente, como en sueños, Karin Colfax estaba hablando como lo hiciera en veces anteriores, antes y después de ser llamado con toda urgencia el psiquiatra de la familia.

—Era él... Lo vi claramente... Estaba ahí, en la terraza, bajo la lluvia... Mirándome fijamente, con una extraña y horrible sonrisa en los labios... Era él... ¡Era él...!

—Calma, señora Colfax, calma —rogó suave, apaciblemente, la voz del médico, mientras sus manos, suavemente también, acariciaban sus sienes y frente—. ¿A quién se refiere? ¿Quién cree usted que era el intruso del jardín?

—No, no es que lo crea... Es que sé quién era... Los relámpagos le revelaron con toda claridad... —siguió la voz difusa y estremecida de la joven viuda—. Era él..., mi marido..., Frank...

—Frank —repitió sordamente Mathieson, con un destello en sus ojos sagaces. Su modo de mirar a Marsha esta vez fue significativo. La doncella enarcó las cejas, sin atreverse a hacer comentario alguno—. Frank Colfax... ¿Quiere decir eso, señora?

—Sí —gimió la paciente, agitándose incómoda en el lecho—. Frank, mi marido... Ha vuelto de la muerte... Tenía razón él... Tenía razón...

—¿Tenía razón quién? —insistió el psiquiatra.

—El, Frank... Tenía razón...

—Pero ¿en qué tenía razón, señora? —Rogó el médico—. ¿En qué?

—Frank... tenía razón... —musitó Karin con voz apagada—. El volvería..., volvería de..., de...

Y enmudeció. Su rostro se serenó más aún. Una sombra, como una pátina de suavidad se extendió por sus facciones atormentadas. Respiró con fuerza. Se quedó quieta, respirando pausadamente, con un ritmo monocorde.

Estaba dormida. Profundamente dormida.

—Bien... —Mathieson se incorporó cansadamente y meneó la cabeza—. Me temo que no podamos averiguar ya gran cosa por el momento. La excitación nerviosa, la crisis y la subsiguiente dosis de sedantes, han hecho su efecto. La señora Colfax duerme profundamente. Será mejor que no intente molestarla nadie. Cuide usted de ella, señorita Kelly.

—De eso puede estar seguro —afirmó la doncella—. No tendrá queja de mí, doctor.

—Mañana volveré a verla, aunque llamaré esta tarde a última hora, para saber cómo sigue. ¿Conoce a algún pariente que pudiera venir a hacer compañía de momento? No hay duda de que debe de sentirse muy sola actualmente.

—Sólo conozco al señor Colfax, su cuñado. Y a su..., su amiga —sonrió la doncella significativamente—. No creo que ninguno de ellos le resulte particularmente grato como compañía.

—No, yo tampoco —admitió gravemente el psiquiatra—. Bien, dejémoslo de momento. Lo cierto es que no sé si dar cuenta de todo esto a la policía, pero no creo que tengamos mucho lo bastante sólido para una decisión así. Una imaginada línea escrita en un menú donde al momento no había nada... y un supuesto intruso bajo la lluvia, en esa terraza, y que ella creyó que era su esposo. Me temo que no nos harían demasiado caso.

—Conozco a alguien, un jardinero que trabaja a veces para la señora —dijo Marsha Kelly espontáneamente—. Norman Calder es un hombre fuerte y rudo que, llegado el caso, si hay alguien que está pretendiendo asustar con sucios trucos a la señora, podría ayudarnos bastante a ella y a mí.

—Llámelo entonces. Y, si puede, convénzale para que se quede aquí un par de días como jardinero y guardián de la propiedad, todo a la vez —sonrió el médico, asintiendo.

—Esté seguro de que lo conseguiré. —Marsha sonrió significativamente, se arregló, se arregló su cabello oscuro y su busto llamativo se irguió—. Tengo medios para ello, doctor.

—No lo dudo en absoluto —rió el psiquiatra entre dientes, dirigiéndose a la salida—. Si se presentan otra clase de trastornos que no sean puramente psíquicos, puede avisar al doctor Marlowe, que es el médico de cabecera de los Colfax. Es un buen hombre y podrá ocuparse de ella adecuadamente.

—Sí, ya había pensado en ello, doctor —afirmó Marsha, acompañándole a la salida—. No se preocupe por la señora. La deja en buenas manos...

El médico se alejó de la finca en su coche oscuro, y Marsha Kelly regresó a la casa con lentitud. Había una sonrisa difícil de definir en su rostro, cuando alzó el teléfono para llamar a Norman Calder, el jardinero.

* * *

Era plena noche. La luz tenue de la mesilla de noche estaba encendida,

difuminando por la estancia una claridad rosada. Fuera, la lluvia producía un ruido, machacón y monótono en la arenilla y grava del jardín o en la hojarasca de setos y arboledas. De tan distante, el rumor del tráfico por Wilshire ni llegaba al interior de la vieja y sólida casa de los Colfax.

Se sentía amodorrada, como flotando sobre nubes algodonosas. Pero su visión y el funcionamiento de su mente, parecían claros y nítidos como siempre. Miró alrededor vagamente, con lentitud y cansancio.

Como con dificultad, descubrió su dormitorio, la mesilla, los sedantes y el agua en ésta, el teléfono algo más allá, ante la fotografía enmarcada en plata de su difunto esposo, Frank...

Frank.

Un súbito escalofrío la asaltó. Dirigió sus ojos asustados al ventanal, ahora cubierto totalmente por los pliegues de la espesa cortina. Ni se veía siquiera la más lejana rendija del exterior. Del jardín, llegaba un apagado rumor de goteo lento, como sucede cuando la hojarasca escurre los residuos de lluvia acumulados en ella. Evidentemente, pensó Karin Colfax, había dejado de llover.

El recuerdo alucinante de la visión en la terraza volvió a su mente como un martillazo feroz a su vacilante equilibrio psíquico. Tenía miedo. Un miedo indefinible a algo que ni siquiera sabía lo que era.

Se irguió. Tiró del cordón de llamada. No tardó en aparecer Marsha Kelly, con su más alentadora sonrisa. Se aproximó al lecho, solícita.

—Veo que está mejor, señora —habló, arreglando el embozo y tomando el pulso a la paciente—. El doctor Mathieson estuvo aquí dos veces. La medicó adecuadamente y le ha recomendado reposo y calma. Norman Calder está en la casa por unos días, para ayudarnos en todo lo que sea preciso. Se me ocurrió llamarle por si lo necesitábamos.

—Calder, el jardinero... —Karin asintió lentamente—. Buena chica, Marsha. Hiciste bien en avisarle, dos mujeres solas podemos correr algún riesgo imprevisible...

—¿En una de las mejores zonas residenciales de la ciudad y con Wilshire al lado, siempre patrullado por la policía? Lo dudo mucho, señora. Pero no está de más tener un hombre en casa por unos días.

—¿Qué ha dicho de mí el doctor Mathieson, Marsha? Y quiero la verdad sin rodeos. Si considera que estoy para ser internada, quiero saberlo.

—Por favor, señora, no diga esas cosas. El doctor juzgó que está muy excitada y que debe descansar, eso es todo.

—Pero..., pero ¿él sabe lo que sucedió?

—Lo sabemos todos —asintió Marsha calmosamente—. Usted lo repitió muchas veces, señora, antes de conciliar el sueño.

—¿Y... nadie me habéis creído, no es cierto? —clavó sus ojos en la doncella.

—Bueno... —Marsha eludió una respuesta concreta, y también la mirada de su señora—. El doctor Mathieson cree que un estado de crisis nerviosa, de

excitación o depresiones, puede crear muchos fenómenos psíquicos que no tienen nada de graves, aunque produzcan un efecto negativo en el estado de una...

—Lo suponía —suspiró Karin—. No pude ver a..., a Frank. Pero él estaba ahí fuera, podría jurarlo sin miedo a equivocarme, Marsha.

—Usted pensó que estaba, eso es todo. Tiene que hacerse a esa idea. Yo misma revisé personalmente la terraza y el jardín cuando usted murmuró por vez primera lo ocurrido. No había rastro alguno de ningún intruso.

—Pero es que Frank... no era un intruso —jadeó Karin.

—Frank Colfax, el señor Colfax, su esposo, está en el cementerio, señora. Hágase a esa idea. Y nadie vuelve del cementerio, desgraciadamente. Además, si fuese cierto que los muertos regresan, ¿por qué tendría que causarle daño a usted, su esposa?

—Pero él dijo un día que...

—¿Qué dijo, señora? —se interesó Marsha.

—No, nada —Karin ahuyentó esa respuesta de su boca y, tal vez, de su propia mente, por miedo a que la tomasen realmente por loca si la daba—. ¿Cuánto tiempo llevo así, Marsha?

—Casi veinticuatro horas, señora. Ocurrió anoche. Ahora son las ocho de la noche. Si desea cenar algo, he preparado un caldo, y podría tomar algo de jamón o pescado y...

—No, no. Sólo el caldo, Marsha, por favor —pidió ella con voz rota—. De momento bastará. No tengo apetito alguno.

—Como quiera. Le subiré en seguida el caldo. Y no tema nada. Calder deambula por la casa e incluso va armado, por si acaso. No hay nada que temer, esté segura.

—Las armas no sirven contra los espectros, Marsha —fue el amargo comentario de su señora, cuando ella llegaba a la puerta. La joven doncella no comentó nada a su vez, limitándose a salir tras una mirada pensativa a su no menos joven patrona.

Aquella cortina herméticamente ajustada, el ventanal cerrado, el goteo lento y apacible del jardín mojado, todo en suma producía impresión de alivio, de seguridad, de estar lejos de toda otra posible visión delirante. Las alucinaciones no parecían probables ahora, en la seguridad confortable de su dormitorio, sin ver un exterior oscuro y desagradable que la aterraba.

Además, la presencia de un hombre en la casa, no cabía duda alguna de que inspiraba también una cierta confianza. Calder era joven, fuerte y nada medroso. Sería capaz de ahuyentar a cualquier intruso.

Porque pensando en buena lógica, ¿qué otra explicación cabía en mente alguna, si no se trataba de una simple alucinación —y ella estaba segura de que eso no era—, que la existencia de alguien interesado en asustarla con supuestas visiones de ultratumba?

Marsha tuvo razón en su ingenua simplicidad al asegurar que Frank estaba en el cementerio, dentro de una tumba... y nadie volvía de allí jamás.

Fugazmente, evocó la misteriosa llamada anónima, con voz de mujer, encargando una mesa determinada, la que ellos dos ocuparon siempre, el Vivero. Luego, las misteriosas palabras, con letra inconfundible de Frank, en una carta del menú. Y ahora la visión dantesca en el exterior, bajo la lluvia...

No. Eso no tenía sentido. Tal vez la llamada fue obra de Stella Sawnee, aunque ella lo negase. Steve y ella no eran personas de fiar. Quizá conspiraban para amedrentarla, para sacarle más de lo previsto cuando ella les hiciese su oferta...

La puerta se abrió suavemente. Karin dejó de divagar mentalmente, y giró la cabeza, empezando a preguntar con suavidad:

—Marsha, telefonea al doctor Mathieson y dile que...

Un alarido desgarrador, desesperado, escapó de su boca cuando descubrió, en el umbral de la puerta de su alcoba, vagamente alumbrada por la claridad rosada de la lámpara de su mesilla, la figura de un hombre vestido de oscuro, pálido y rígido, con sus fríos e inexpresivos ojos clavados en ella, mientras una gélida sonrisa curvaba sus labios lívidos.

—¡Frank! ¡Oh, no, no! —gimió al borde del colapso.

Y con otro alarido, se desplomó desde el lecho a la alfombra, donde quedó inmóvil, boca abajo, arrastrando sus suaves cabellos cobrizos desparramados sobre el suelo.

CAPITULO III

El doctor Jonathan Marlowe tampoco era de edad avanzada ni mucho menos. Alto, bronceado y deportivo, de cabello negro, con aladares canosos y ojos oscuros, podía tener entre cuarenta y cuarenta y tres años. Elegante, sobrio y severo. Era el médico de cabecera de los Colfax. Lo había sido de ambos esposos. Ahora solamente lo era de la viuda Colfax, naturalmente.

Contempló a la viuda en reposo en el lecho. Luego, cambió una mirada de preocupación con su colega, el especialista en psiquiatría John Mathieson. Ambos facultativos reflejaban desconcierto y temor en los ojos.

—¿Qué podemos hacer? —indagó el doctor Marlowe, cerrando su maletín.

—No lo sé —suspiró Mathieson sombríamente—. Usted sabe que la señora Colfax es muy impresionable.

—Sí, lo sé. Más que eso. Tanto ella como su marido fueron siempre pacientes extremadamente nerviosos y sensibles. Por distintas razones, naturalmente. Usted debe tener mejores motivos de conocimientos de tal hecho por ser su especialista en problemas mentales.

—Los tengo, sí —admitió tristemente Mathieson inclinando la cabeza—. Conozco bien ciertos detalles sobre los problemas psíquicos de ambos. Y, ciertamente, fueron provocados por razones muy distintas.

—No pretendo conocer estas razones, que supongo serán motivo de secreto profesional, pero es obvio que la viuda de Colfax vive todavía aferrada a fantasmas del pasado que influyen negativamente en su vida actual. Amaba demasiado a su marido. El era absorbente, lleno de personalidad, dominante de carácter y vigoroso en sus convicciones más íntimas.

—¿Cree que todo han sido simples alucinaciones?

—Por supuesto —el doctor Marlowe le miró con asombro, acariciándose pensativo su fino bigote canoso, con expresión de perplejidad—. ¿Es que puede pensar usted otra cosa, querido colega?

—No, supongo que no debería pensarlo, pero... A veces me pregunto si es posible que una mujer joven, que ha superado normalmente el trance difícil de perder a un esposo joven y lleno de vida en escaso tiempo, al desarrollarse su tumor cancerígeno, puede luego, de repente, caer en un trauma semejante, viendo lo que no existe e imaginando cosas que no son.

—Sería peor suponer que ve cosas que sí son, ¿no cree? —sonrió el doctor Marlowe con cierta ironía.

—Oh, por supuesto —rió suavemente el psiquiatra, alzando sus manos—. No me mire como si yo fuese quien necesitara a un psiquiatra en vez de necesitarme mis clientes, doctor Marlowe. Lo que ocurre es que... no puedo olvidar lo que sucedió entre los Colfax poco antes de morir él, estando yo presente, por cierto.

El doctor Jonathan Marlowe enarcó las cejas. Su expresión, evidentemente, reflejó un interés muy superior por la cuestión. Indagó, con voz algo tensa:

—¿Y... qué fue ello, doctor?

—No, no —rechazó Mathieson vivamente—. No debo mención rio. En cierto modo, forma parte del secreto profesional, como usted dijo antes. La propia señora Colfax me pidió luego que respetara este asunto sin revelarlo a nadie, dado lo desagradable de su naturaleza. Así se lo prometí a ella, en ausencia de su marido, y no me gustaría faltar a mi palabra, ni siquiera con un colega, aunque parezca que ello puede ser perjudicial para el caso que estamos examinando.

—Respeto su silencio al respecto —admitió Marlowe, tras un lento asentimiento de cabeza. Luego, miró fijamente a su colega y añadió, indeciso —: El hecho cierto es que la señora Colfax está viendo cosas alucinantes, aterradoras. Y sufre una tremenda crisis nerviosa. ¿Qué podemos hacer, salvo llenarla de sedantes?

—Me temo que no mucho más.

—¿Y usted, su psiquiatra, dice eso?

—¿Qué otra cosa puedo decir? En buena lógica, ambos sabemos que no es posible que ella haya visto por dos veces el espectro de su difunto esposo, en una ocasión en la terraza y en otra aquí mismo, en su alcoba, como repetía exasperadamente mientras le administrábamos el tratamiento adecuado para calmarla y sumiría en un sueño reparador —contempló la lenta, paciente respiración de la mujer joven y atractiva tendida en el amplio lecho, a la luz rosada de la amplia y moderna estancia—. Ni puede haber leído en un menú de restaurante un supuesto mensaje escrito con la letra de su marido, mensaje que sólo unos segundos más tarde, según ella, no estaba ya allí. Y que la única testigo, Stella Sawnee, sentada con ella a la mesa, examinó apenas ella hubo soltado dicha carta, asegurando que allí no había absolutamente nada.

—A eso íbamos —añadió rápido el doctor Marlowe—. Stella Sawnee. Es la amante de Steve Colfax, su cuñado. El hermano del difunto señor Colfax, es un muchacho de vida anárquica y poco honesta, capaz de todo por dinero. Se sabe que ha venido a exigir de la viuda Colfax una parte del dinero que su hermano legó en su totalidad a su esposa. ¿No es posible que exista una conspiración contra ella?

—Lo he pensado —admitió gravemente Mathieson—. Pero he hablado de ello con la doncella de la señora Colfax.

—¿Marsha?

—Sí, Marsha Kelly. Parece una chica sincera y fiel. Dice que examinó en ambas ocasiones muy minuciosamente los lugares donde, según su señora, apareció el fantasma de su difunto marido. En ninguna de ellas encontró señales de pisadas o huellas que significaran la más leve duda. No había nada de nada. Ni vio a nadie, ni oyó a nadie ni descubrió señal alguna que confirmase las presuntas visiones de Karin Colfax.

—Eso parece cerrar el caso —suspiró Marlowe—. Significa que no existió nada de eso.

—Al menos, significa que no hay evidencias de que existiera —rectificó

precavidamente su colega.

—¿No es lo mismo? —sonrió el médico de cabecera.

—No. Pero es casi lo mismo, lo admito.

—¿Qué hacemos, en tal caso? La duda persiste.

—De momento, no haremos nada. La policía nos llamaría ilusos si fuésemos a ella con semejante historia, no le quepa duda.

—Estoy seguro de ello —suspiró Marlowe—. Bien, doctor Mathieson. Visitaré con cierta frecuencia a mi paciente, pero me gustaría estar en contacto habitual con usted, por si hay nuevas evidencias.

—Las haya o no, estaremos en contacto —prometió Mathieson—. Además, vendré también a visitar a la señora Colfax, aunque sólo sea para darle ánimos si los necesita.

—Me parece perfecto —le invitó a salir, indicando la puerta—. ¿Vamos ya?

—Sí, vamos —asintió apaciblemente el médico psiquiatra.

Los dos facultativos se dirigieron a la salida. Se sorprendieron cuando a su espalda sonó tranquila, reposada y tremendamente triste, una voz de mujer:

—Por favor, créanme... Les ruego a ambos que me crean... El..., él estuvo aquí... Yo le vi. Me sonreía extrañamente, me miraba con ojos fríos, terribles, helados como la misma muerte...

—Señora Colfax... —el doctor Mathieson se volvió rápidamente hacia la paciente, que había abierto sus ojos tristes y dirigía hacia ellos unas manos trémulas, estremecidas, casi implorantes—. ¿Cómo ha podido despertar? Los sedantes que le administramos el doctor Marlowe y yo eran lo bastante fuertes para...

—No sé lo que me administraron, doctor, pero estoy aterrorizada, tengo un miedo espantoso...

—¿Miedo a qué? —Le preguntó suavemente el doctor Marlowe, conciliador—. Tenga en cuenta, señora Colfax, que aunque su esposo apareciera ante usted por un fenómeno parapsicológico o simplemente espiritista, no tendría por qué causarle ningún daño...

—Aun así, su rostro es una máscara de odio, de crueldad... —jadeó la paciente—. Lo sé, lo he podido ver... No pretende venir a verme suave y dulcemente. Su mirada es maligna, como..., como si no fuera él.

—Y seguramente, ni siquiera es él —la trató de calmar con tono sereno Mathieson—. Estamos estudiando la posibilidad de un complot, de una estratagema de mal gusto para amedrentarla, por parte de alguien. Si obtenemos evidencias suficientes, el caso pasará a la policía, no lo dude...

—¡Pero es que sí era él! —clamó la viuda amargamente—. ¡Puedo reconocer aún el rostro" de mi marido, no he olvidado tanto a Frank en unas pocas semanas! ¡No puede haber nadie que se le parezca tanto...!

—Serénese, por favor —le pidió el doctor Mathieson, inclinándose sobre ella y apretando suavemente sus manos trémulas—. Ahora descanse. El asunto está en nuestras manos. Y esté bien segura de que no vamos a

olvidarlo ni a dejar las cosas como se hallan ahora.

—¿Qué pueden hacer ustedes, qué puede hacer la ciencia contra lo que está más allá de la vida, en el reino de los muertos? —gimió Karin con desesperación.

—Más allá de la vida sólo hay silencio y oscuridad eternas, no le quepa duda —sonrió alentador el doctor Marlowe—. Deje esto en nuestras manos, por favor. El doctor Mathieson y yo hemos pensado un plan de batalla contra esas apariencias, sean reales o no. Y usted no tiene nada que temer, créanos...

La puerta del dormitorio se abrió. Apareció en ella la doncella, Marsha Kelly, con una bandeja de plata. En ella iban varias cartas. Se quedó mirando, algo desorientada, a los médicos y a la paciente, como si no esperase que ésta estuviera despierta ya.

—Oh, sí les molesto... —comenzó, iniciando su retirada discretamente.

—No, no —le cortó con viveza el doctor Mathieson—. Puede entrar, señorita Kelly. ¿Hay algo importante?

—Nada especial. El correo para la señora. Iba a dejarlo en la repisa hasta que despertase...

—Estoy despierta —suspiró la paciente, alargando una mano—. Dame lo que haya de correo, Marsha. Eso servirá para distraerme.

La doncella, en silencio, avanzó entregando la bandeja a su señora. Esta tomó de ella todo el correo, que extendió sobre el embozo, sin que ninguno de sus dos médicos intentara impedirle tal pasatiempo.

—Bien, creo que será mejor dejarla —sugirió el doctor Marlowe—. Pero le conviene descansar una vez leído el correo, Karin.

—Gracias, doctor Marlowe —le sonrió ella débilmente—. Atenderé sus consejos.

Apartó una serie de sobres timbrados, la mayor parte de ellos con facturas o publicidad, mientras los dos médicos se dirigían a la salida y Marsha les acompañaba con su vacía bandeja de plata.

Karin, a su espalda, eligió la única carta que no ofrecía aspecto comercial y que iba dirigida a ella, escrita a máquina. Rasgó el sobre, extrajo de ella una tarjeta postal y comenzó a leer, volviéndola del reverso...

Un terrible alarido de horror conmovió la estancia y en el lecho se agitó la joven viuda, apartando las ropas, tirando lejos de sí aquella tarjeta, y empezando a proferir alaridos de espanto, mientras se precipitaba con rapidez hacia las vidrieras situadas tras las espesas cortinas totalmente corridas, como si pretendiera arrojarse a través de ellas hacia el jardín.

Con toda celeridad, ambos médicos reaccionaron tras una veloz mirada entre sí. El doctor Mathieson se dirigió hacia los ventanales para cruzarse en su camino. El doctor Marlowe saltó como una centella hacia sus piernas, y en una zambullida digna de un partido decisivo de rugby, la atenazó por los tobillos, derribándola cuando iba a chocar con Mathieson, tratando de eludirle.

La derribaron en la alfombra, mientras ella aullaba, con ojos desorbitados,

y sus jóvenes labios carnosos se cubrían de espuma. Palabras incoherentes y absurdas brotaban tumultuosas, desordenadas, de su crispada boca, mientras entre ambos médicos la reducían, para conducirla al lecho.

—No, no... ¡Quiero morir, quiero morir! ¡Es un mensaje de él! ¡Frank me escribe desde la tumba y me dice cosas horribles! ¡Está endemoniado, yo sé que el diablo posee ahora su alma y le permite volver para destruirme y llevar mi alma consigo...! ¡Lo dice ahí, en esa horrible tarjeta postal...!

Finalmente lograron aplacarla, ante la mirada entre confusa y pasiva de Marsha Kelly que, o bien parecía demasiado perpleja para ayudar o no quería hacerlo, dejando que los dos facultativos lo hicieran todo por su cuenta.

Marlowe, veloz, logró inyectarle en un brazo, y la resistencia y virulenta actitud de Karin Colfax fue reduciéndose por momentos, hasta quedar totalmente inmóvil. Los dos se miraron entre sí, tensos.

—Librium —explicó parcamente Marlowe—. Me pareció lo mejor. Doble dosis.

—Es muy fuerte. Pero no había otra salida —aprobó Mathieson—. Ya se serena...

En efecto, Karin se iba relajando, se adormecía, balbuceando cosas incoherentes y medrosas. Marsha se acercó a ellos con lentitud. Por fin, Mathieson se volvió, interesándose vivamente.

—Señorita Kelly, ¿dónde está la tarjeta postal que leía la señora?

La joven doncella se inclinó, recogiendo la tarjeta. Examinó la fotografía a color de su anverso. Se estremeció.

—Extraña tarjeta —dijo—. Es diabólica...

Marlowe se inclinó sobre él y miró la postal. Asintió lentamente, ante aquella imagen rara y fantástica.

—Es una efigie demoníaca —apuntó—. Juraría que la fotografía de un ídolo de alguna secta satánica... en una cripta .o templo dedicado al satanismo. ¿Qué puede significar eso, doctor?

Mathieson no respondió. Pero su rostro estaba grave, ensombrecido, como si para él aquella fotografía a color de una obscena efigie de un demonio cornudo, malévolo y dotado de un enorme falo, erigiéndose entre dos pebeteros iluminados, en una especie de altar satánico de misteriosas y oscuras bóvedas, significara mucho más que para su colega.

En silencio, giró la postal, examinando su reverso, donde habitualmente se escribe el texto, que en esta ocasión tal horror había causado en la paciente.

Para asombro suyo y del doctor Marlowe, la cartulina apareció totalmente blanca. Sin un solo signo escrito en ella.

No existía mensaje alguno en la postal recibida por Karin Colfax.

CAPITULO IV

El capitán Barnaby Waldron, de la policía de Los Angeles, cambió una mirada pensativa con su subordinado Kervin Brooks.

—Vaya asunto, ¿eh, Kervin? —gruñó malhumorado.

—Sí, no es precisamente un regalo —admitió el joven oficial de la policía, pensativo.

—¿Regalo? —Refunfuñó Waldron—. Infiernos, no me parece eso en absoluto, la verdad.

Tras remover unos papeles, tal vez por hacer algo más que por tener verdadera necesidad de hacerlo, cambió una mirada con el visitante que, sentado frente a ellos, parecía esperar sus conclusiones.

El doctor John Mathieson, psiquiatra, no pareció impresionado por el diagnóstico del veterano, rudo y macizo oficial de policía, y se limitó a contemplarle, con un asomo de sonrisa, esperando su decisión al respecto.

—Tampoco a mí me gustaría venir con semejante cuestión —le señaló—. Pero Karin Colfax es mi paciente. Y temo por su desequilibrio mental.

—Usted es psiquiatra, doctor —dijo el capitán Waldron inclinándose hacia él—. ¿Está seguro de que no es más asunto suyo que nuestro?

—Si lo estuviera, capitán, no me encontraría ahora aquí —replicó fríamente el médico.

—Lo comprendo, lo comprendo —trató de apaciguar Waldron, mientras el teniente Brooks sonreía, burlón—. Pero es que denunciar una cuestión así, tan nebulosa...

—¿Nebulosa? Quizá lo sea. Pero mi paciente ha leído dos mensajes que luego no estaban en sus respectivos lugares. Y ha visto el espectro de un hombre muerto, que luego no dejó señal de su presencia.

—Exacto. Todo eso suena a neurosis, a simple caso patológico... —argumentó el capitán, ceñudo.

—Eso no es neurosis. Ella recibió esa postal, capitán. Resulta obvio. Somos tres testigos, además de la propia señora Colfax.

—Pero no pueden asegurar que estuviese escrita.

—No, eso no —admitió Mathieson, mordiéndose el labio inferior—. Sin embargo, apenas puso sus ojos en la tarjeta, reaccionó del modo desorbitado que le he dicho. Y evidentemente, si recibió la postal, hay que suponer que por algo se la enviarían. Además, no debe de olvidar que el tema de esa tarjeta no resulta excesivamente habitual en tales envíos postales.

—Eso es cierto —convino gravemente el teniente Brooks, frotándose su ancho y enérgico mentón—. No se han editado postales de tal clase, a menos que se adquieran en establecimientos esotéricos o dedicados a la venta de artículos de parapsicología y satanismo. Es una imagen clara de un culto a Satán.

—Eso es lo que, precisamente, me preocupa —murmuró el doctor

Mathieson, inclinando la cabeza sombríamente.

—¿El qué? —gruñó el capitán Waldron, perplejo.

—El satanismo.

—¿Por qué motivo? —era el teniente Brooks quien quería saberlo, e incluso arrancó la hoja que estaba mecanografiada, para centrar totalmente su atención en el joven psiquiatra.

—Porque..., porque el difunto Frank Colfax... cultivaba precisamente el satanismo.

Los dos policías volvieron a mirarse en silencio. El médico había hecho esa confesión claramente contrariado, como si le disgustara mencionar el hecho. El teniente se incorporó despacio. Era alto, enjuto y calmoso, pero bajo su camisa beige y su pantalón azul se advertía que debía de ser un joven elástico, musculoso y de rápidos reflejos.

—Eso es interesante —admitió—. ¿Quiere contarme todo con detalle, doctor?

—Es lo que trato de hacer —manifestó el psiquiatra—. Sé que no dispongo de excesivos testimonios que confirmen la historia, pero como médico psiquiatra personal de la señora Colfax, podría afirmar rotundamente que ella no está loca ni sufre trastornos. Y que, por lo tanto, esos mensajes existieron, de algún modo. Lo mismo que el aparecido.

—Pero, doctor, usted sabe que en esa postal no hay nada escrito —sonrió Waldron con suavidad—. Y que los muertos no vuelven de la tumba, salvó en las novelas góticas.

—Sé todo eso. He pensado en..., en un complot.

—¿Complot? —El teniente Brooks afirmó, sentándose ahora frente al médico, sin dejar de mirarle—, Eso ya es otra cosa, doctor. Habla usted de cosas concretas, no de fantasías. Complot, ¿por parte de quién?

—Eso es ya asunto suyo. Soy médico, no policía. Pero la señora Colfax heredó una fortuna respetable. Hay parientes de su difunto marido que no están conformes con eso. Y hay antiguos compañeros de ritos satánicos de Frank Colfax. Eso es todo lo que sé.

—Hablemos de todo ello —pidió el teniente, tras consultar con un gesto y lograr la aprobación del capitán—. ¿Conoce a algún satánico, compañero de ritos de Colfax?

—El solamente mencionó a uno. Una mujer.

—Parece hablar de todo ello con cierta aprensión, doctor —sonrió el teniente.

—Es lógico. Lo considero en cierto modo un secreto profesional. El difunto Colfax me confió todo eso privadamente, en mi consulta.

—Pero él ha muerto. Y el satanismo podría ser una pista capaz de ayudar a su actual paciente, la señora Colfax, en su extraño y grave problema.

—Lo sé. Por eso he venido, rompiendo con mis propios escrúpulos.

—Habla de una mujer que cultiva e! satanismo... ¿Le dijo él su nombre?

—Me lo dijo, sí: Lorelei Powers.

—Lorelei Powers —repitió el capitán Waldron anotando con rapidez en un bloc—. Investiguen a esa mujer y sus posibles antecedentes e historial delictivo, si lo tiene. Si no, limítense a indagar en su vida privada y en sus hábitos y costumbres, así como en sus ideas religiosas, políticas o de cualquier otro tipo.

—Sí, capitán —afirmó el teniente Brooks, anotando también algo con rapidez en un papel y pasándolo a un funcionario inmediato, que asintió, alejándose con el escrito hacia otro punto de las oficinas de! Departamento de policía de la ciudad de Los Angeles.

—Esa mujer, Lorelei Powers..., ¿dice que era compañera del difunto Colfax?

—Sí, capitán. Compañera de ritos, me refiero. Ambos cultivaban igual sistema ritual de devoción al Diablo. Existen sectas y grupos numerosos, especialmente hoy en día, que cultivan esa clase de ceremonias secretas. Unos por hobby, otros por convicción y los más por buscar nuevas y perversas emociones. Hay quien asegura que las ceremonias satánicas suelen terminar indefectiblemente en una orgía.

—Las famosas «misas negras» —comentó distraído el teniente Brooks, golpeándose suavemente el mentón con un bolígrafo—. Al final, todos se mezclan entre sí en una especie de bacanal donde no se respetan sexo, edad ni parentesco. ¿Cree que eso existe actualmente, doctor Mathieson?

—¿Lo duda usted, acaso? —le objetó el psiquiatra, mirándole inquisitivo.

—No sé —Brooks se encogió de hombros, sonriendo—. A veces he pensado que se hace demasiada literatura sobre esas cosas. El satanismo me parece algo totalmente desfasado, digno de otra época. Hoy en día, cuando la gente duda de que existan incluso cielo e infierno, ¿puede haber adeptos a Satán?

—Los hay —aseguró Mathieson con rotundidad—. Muchas veces por vicio, otras por fanatismo antirreligioso, y en ocasiones porque esos mercaderes de esos ritos clandestinos, procuran drogar a sus adeptos incipientes, para hacer de ellos unos asiduos. Es la misma técnica que usan habitualmente los drogadictos y los traficantes de narcóticos.

—Entiendo —afirmó Brooks pensativo—. ¿Colfax le confesó eso tal vez?

—Me lo sugirió en una consulta que tuvo conmigo. Estaba preocupado por un lado. Había empezado a tener miedo de lo que practicaba. Lo que al principio le pareció un simple juego o una diversión pagana, que culminaba inevitablemente en una forma de sensualidad desatada, empezaba a sentirlo como una férrea opresión, como algo superior a su voluntad misma, y de lo que quería desasirse lo antes posible. Yo sólo podía ayudarle como médico, y así lo hice. Le aconsejé no drogarse ni ser drogado, intentar eludir lo más posible los ritos satánicos y las orgías correspondientes y, si le era posible, alejarse de aquel culto para siempre.

—¿Qué dijo él? —se interesó vivamente el capitán Waldron.

—Me prometió hacer cuanto estuviera en su mano. Pero no me inspiró

demasiada confianza esa promesa.

—¿Por qué?

—No sé... Creo que empezaba a darse cuenta él mismo, y me transmitía a mí esa impresión, profundamente grabada en su mente, de que era menos fuerte de lo que creía, o que el cultivo de los ritos satánicos había debilitado su voluntad, Lo cierto es que no era un hombre lo bastante capaz para romper con ataduras de esa siniestra especie. Y el futuro de Frank Colfax comenzó a preocuparme.

—¿Cuándo ocurría eso, más o menos, doctor? —terció de nuevo el teniente Brooks.

—Hace algo más de un año. Luego, súbitamente, apareció la enfermedad.

—¿Qué clase de enfermedad?

—Un tumor maligno. Cáncer.

—Ya.

—Tumor cerebral. Rápido en su desarrollo habitualmente. Cosa de meses. Creo que le duró menos de diez meses. Se desarrolló y le mató. No había solución posible.

—¿Quién diagnosticó el mal?

—El doctor Marlowe. Es su médico de cabecera. De los Colfax, quiero decir. Luego, un análisis confirmó el dictamen. Se hospitalizó y trató de combatir el mal con la bomba de cobalto. No era posible. Se intentó la neurología. El doctor Avery F. Prentiss, de San Francisco. Una eminencia en su especialidad. No pudo hacer nada. Era irreversible. Sobrevivió dos meses largos a la intervención. El tumor se reprodujo y terminó por aniquilar las células aún sanas del cerebro. Le sobrevino la muerte. Rápida pero dolorosa.

—Entiendo —suspiró cansadamente el teniente Brooks—. ¿El seguía cultivando el satanismo durante su dolencia?

—Me temo que sí. Le visitó algunas veces Lorelei Powers, incluso.

—¿Y la señora Colfax lo permitió?

—No pudo hacer nada. Le exigía su esposo. Era muy autoritario. Incluso en el lecho donde moriría seguía siéndolo. Le presentó como una compañera de ideas religiosas. Karin Colfax no quiso oponerse a los deseos de él, porque sabía que eran los últimos. Sólo que me confesó que no le gustaba nada Lorelei Powers.

—¿Y a usted? —indagó, curioso, el joven teniente.

El doctor Mathieson rió. Se cruzó de piernas, haciendo pendular una en el aire, con cierta indolencia. Su respuesta fue algo ambigua.

—Físicamente no podía disgustarme. Es una joven muy atractiva. Pero en su belleza había algo raro.

—¿Raro? —enarcó las cejas el capitán Waldron.

—Sí, raro. Eso dije. Muy atractiva, sensualmente provocativa, con una mirada fija y seductora. Pero inquietante, de sonrisa misteriosa, de ojos verdosos, profundos y enigmáticos... No sé, me preocupaba su presencia. Algo en ella no era agradable. Pero no sabría definir el qué.

—¿El paciente se mostraba particularmente solícito o efusivo von ella?

—Es como si ella ejerciese una influencia especial sobre él. Apenas aparecía, Frank Colfax cambiaba de apariencia, de modales. Se mostraba taciturno, hosco y singularmente efusivo con ella. Pero nunca vi nada entre ellos que me sugiriese un contacto puramente carnal, si se refiere a eso. No parecía ser su..., su amante, hablando claro.

—Gracias por su sinceridad, doctor —suspiró el teniente Kervin Brooks, haciendo rápidas anotaciones—. Al morir Colfax, ¿estuvo ella presente en su óbito o su funeral?

—En el funeral —asintió Mathieson, sombrío.

—¿Qué clase de funeral fue? ¿Protestante, católico, mormón, evangelista, simplemente civil...?

—Eso fue lo raro. Frank Colfax había sido siempre católico. Incluso hizo convertirse en católica a su esposa Karin. Pero tenía dispuesta una última voluntad: funeral sobrio, sin invitados, en una funeraria civil, sin ritos religiosos de tipo alguno. Y sin cruces en momento alguno.

—Sin cruces... —Brooks se frotó el mentón, dejando vagar su mirada por el vacío—. Interesante, doctor. ¿Y la señorita Powers? ¿Estuvo en ese funeral?

—Estuvo, sí. Vestía de negro, pero en ella no parecía un luto, ni creo que lo llevase con tal intención.

—¿Por qué cree eso?

—Porque era un vestido de satén negro, muy ceñido a su cuerpo, realzando sus caderas, sus muslos, sus senos. Era casi insultante en un funeral, como una provocación a todos. No dejó de sonreír durante toda la ceremonia. Y sus ojos brillaban extrañamente.

—¿Se incineró a Colfax?

—No, no. Se le enterró en un féretro especial de caoba, forrada de metal aluminizado. Estaba dispuesto así. Tampoco tenía cruz alguna encima. Era su deseo póstumo.

—¿Ha visto alguna vez a Lorelei Powers después de ese momento?

—No, nunca.

—¿Y la señora Colfax?

—Creo que no. No me ha dicho nada al respecto. Y odiando como odiaba a la tal mujer, me lo hubiese mencionado.

—Sí, supongo que sí... —el capitán Waldron y su subordinado cambiaron una mirada que parecía revelar un inevitable escepticismo—. Bien, ¿qué tal si investigamos el asunto?

—Creo que no hay otro remedio. No todos los días se presenta la denuncia de un médico psiquiatra de la categoría del doctor Mathieson, informándonos de que una paciente suya lee mensajes que no existen y ve el espectro de su marido difunto, marido que, por otro lado, murió al parecer siendo adicto a una secta satánica.

—Ocurre algo más, señores —apuntó el doctor Mathieson, con expresión

preocupada, arrugando el ceño—. La señora Colfax me ha hecho una confidencia que, posiblemente, no tenga sentido para ustedes. Pero que a mí me ha impresionado profundamente.

El capitán Waldron y el teniente Brooks volvieron a mirarse, antes de que el primero preguntase solícito, apoyando sus manos en la mesa:

—¿De qué se trata, doctor?

John Mathieson respiró profundamente, como si le desagradase mencionar tal hecho, pero finalmente lo hizo con voz firme:

—Su esposo..., su esposo, antes de morir, rompió a reír extrañamente. Y le dijo a su mujer que..., que volvería de la tumba, gracias a los ritos satánicos de su secta...

* * *

—Volvería de la tumba...

—Sí, señora. ¿Eso es realmente cierto?

Karin miró larga, tristemente, a su interlocutor. El joven, bonito y pálido rostro reveló angustia, terror, una indefinible serie de tremendas emociones que luchaban en su interior.

—Sí —dijo él roncamente— Pero él no debió revelarlo nunca...

—Está en un error, señora —fue el severo comentario de Kervin Brooks, teniente de la policía de Los Angeles—. Su médico psiquiatra quiso sincerarse totalmente, y creo que hizo muy bien en ello. Es mejor que no ignoremos nada respecto a su esposo y usted misma, dadas las circunstancias.

—Ustedes, los de la policía, pensarán que estoy loca —musitó con tristeza Karin, moviendo su cabeza pelirroja suavemente.

—Si lo pensáramos, no estaría yo ahora aquí —sonrió a su vez con gesto de confianza el joven oficial de policía—. No todo el mundo, cuando cuenta algo aparentemente descabellado, tiene el aval personal de su propio psiquiatra para reforzarlo.

—El doctor Mathieson es muy bueno, eso es todo.

—El doctor es un hombre consecuente y cree ver algo raro en todo eso. Personalmente, no puedo añadir nada a eso, porque me faltan elementos de juicio. Pero con su ayuda espero conseguirlo. Por ello, insisto, señora: ¿su esposo, antes de morir, aseguró que él volvería de la tumbal

—Sí —Karin tembló, inclinando la cabeza—. Lo dijo. No una, sino varias veces. Reía al hacerlo. Reía de un modo espantoso que me asustó, porque en esos momentos él debía de estar sufriendo mucho, con su tumor devorándole implacablemente el cerebro. Lo atribuí a su propio delirio, a su dolor, pero sus ojos tenían un brillo extraño, alucinado, y parecía convencido de lo que afirmaba. Nunca podré olvidar el modo con que me miró desde la cama de su agonía, al afirmar por última vez que regresaría..., que los siervos de Satán gozaban del privilegio de una segunda vida eterna, más allá de este mundo...

—¿Y luego?

—Luego, tuvo un estertor... y murió.

Hubo un silencio profundo en el saloncito donde la viuda

Colfax y su joven visitante charlaban. El sol se filtraba, tibio y dorado, por los ventanales. Fuera, la hojarasca del jardín tenía reflejos ocres en las veredas que circundaban la finca de Wilshire.

—Pero usted no creyó nunca que él hablase en serio.

—No, nunca.

—¿Lo cree ahora?

Karin respiró hondo. Sus cejas se arquearon, agitándose levemente, como alas de mariposa. Los ojos pardos eran inquietos y la indecisión de su gesto era evidente.

—No..., no sé... —gimió con voz rota.

—Pero sí sabe que él, realmente, cultivaba el satanismo.

—Sí, lo sé. Lo supe entonces vagamente. Luego lo confirmé.

—¿Cómo?

—Por muchas otras cosas: su legado, disponiendo la ausencia de cruces y ritos religiosos de todo tipo en su funeral y entierro... Sus escritos, llenos de atroces blasfemias contra Dios y contra la Fe... Algo espantoso de leer.

—¿Guarda esos escritos?

—Sólo algunos que ni siquiera quise leer —tembló ella—. Los demás fueron al fuego. Dicen que el fuego es purificador, teniente. No sé si será cierto.

—El fuego es también un signo infernal, señora, no lo olvide —suspiró Brooks—. Para nosotros, puede ser así, porque devoró cosas importantes que nos ayudarían a comprender el verdadero modo de pensar de su esposo en vísperas de su muerte.

—¿Creen de veras que el satanismo hace resucitar a los muertos?

—No, claro que no —sonrió vivamente el joven oficial, sacudiendo la cabeza de rubios y rebeldes cabellos—, El doctor Mathieson tampoco cree eso. Si vino a vernos es porque sospecha la existencia de un complot, bien por parte de los compañeros de ritos satánicos de Frank Colfax, bien por parte de otras personas menos misteriosas...

—¿Se refiere a mi cuñado, quizá? —sonrió ella con tristeza.

—Es una posibilidad —admitió el joven—. ¿Guarda la tarjeta postal con la efigie satánica?

—La hubiera destrozado de no ser por el doctor Mathieson. El me exigió guardarla celosamente, sin destruirla.

—¿Lo hizo?

—Lo hice. ¿Quiere verla?

—Sí, por favor.

—Espere un momento. Le traeré la postal con el sobre. Y también algunos escritos de mi difunto esposo, correspondientes a sus últimas semanas de vida...

Se ausentó. Brooks se quedó solo. Momentos después, entró Marsha Kelly,

la doncella, que puso en la mesita un café para él y un zumo de frutas para su señora. El joven policía la miró fijamente. Marsha le miró a él. Ambos se sonrieron mutuamente, con cierta simpatía.

—Usted sirve a la señora Colfax, ¿verdad? —indagó él.

—No hace falta ser policía para llegar a esa conclusión, ¿no? —rió ella.

—No, claro —también rió Kervin Brooks—. ¿Lleva mucho tiempo con ella ?

—Dos años. Desde que ocuparon esta casa de Wilshire. Acudí por un anuncio.

—¿Se arrepiente de ello?

—En absoluto. La señora Colfax es encantadora. Haría por ella lo que fuera.

—¿Y por el señor Colfax, cuando vivía?

—Era diferente.

—¿En qué?

—En todo. Duro, autoritario, casi cruel a veces. Dicen que antes era diferente.

—¿La enfermedad le cambió?

—No lo creo. Enfermó más tarde. Había algo en su vida que no estaba claro. Relacionado con aquella mujer extraña que le visitaba... Morena, de ojos verdes y fríos, de expresión maligna... Nunca me gustó...

—¿Lorelei Powers?

—Sí, creo que ése era su nombre. Decía que eran adictos a un mismo movimiento esotérico, o algo así. Yo creo que era otra cosa de nombre menos agradable.

—¿Como qué?

—Como... cosas diabólicas. Endemoniados y cosas así. ¿Sabe que no se permitió una sola cruz en el funeral del señor?

—Sí, algo sabía de eso. Pero usted no creerá que los muertos vuelvan de su tumba por el simple hecho de asistir a ritos del diablo...

—No, claro que no. Todo eso es algo más feo y menos sobrenatural. Un complot, podría jurarlo. Alguien quiere volver loca a la señora.

—¿Quién, Marsha?

—Si yo pudiera decirlo...—suspiró la doncella, encogiéndose de hombros. Miró astutamente al teniente Brooks—. No me atreveré a acusar a nadie sin pruebas, desde luego.

—Una chica inteligente, ¿verdad? —Rió Kervin Brooks—. ¿Sospecha de Steve Colfax?

—Ya le dije que no quiero aventurar acusaciones —dijo ella—. Pero no anda lejos de eso...

Se apartó, discreta, cuando su señora regresó con algunos documentos en sus manos. Marsha abandonó la estancia. La joven viuda puso un sobre con una postal y una serie de blocs escritos en manos del policía.

—Es todo lo que poseo. La postal del otro día y los escritos y apuntes de

Frank...

Brooks no dijo nada. Examinó el sobre, franqueado y mecanografiado. No vio en él nada especial. Lo abrió. La postal apareció dentro. La tomó con cuidado, aunque sabía que sería inútil buscar huellas en ella, tras ser manoseada por tanta gente.

El ídolo satánico había sido fotografiado en alguna cripta oscura, con película muy sensible y reproducida en una postal vulgar, sin pie de imprenta ni dato alguno identificador. Existían máquinas donde se podían reproducir fotografías automáticamente, mediante unas monedas, a base de un original fotografiado cualquiera.

La volvió, examinando el blanco reverso, sin una sola letra escrita. Era cartulina blanca, muy satinada. De haberse presionado con una punta fuerte, se vería al menos el indicio de su rayado. Pero existían rotuladores que no dejan huella. Sólo que la letra no se desvanece. A menos que se use tinta simpática.

—La examinarán los del laboratorio de la policía —dijo—. ¿No le importa?

—No, no. Al contrario. Me gustaría saber algo más sobre esa postal.

—Por favor, ¿puede recordar lo que decía aquí, poco más o menos?

Karin enarcó sus cejas, mirando fijamente al policía con escepticismo.

—¿Es que va a creer lo que yo le diga? —dudó.

—Se lo pregunto por algo, ¿no?

—Está bien —musitó—. Eran pocas palabras. No sé si las puedo recordar exactamente, pero decían, más o menos, algo así: «Karin, he vuelto. Estoy cerca de ti. Te lo dije. Y seguiré junto a ti. Hasta el fin.»

Un silencio. Brooks había guardado la postal. Hojeaba los blocs escritos. No la miró al preguntar:

—¿Eso era todo?

—Todo, sí —susurró Karin. La oyó tragar saliva, removerse incómoda—. Fue espantoso. Todo me dio vueltas. Lancé un grito. Y creo que me volví medio loca.

—¿Era la letra de Frank Colfax?

—Sí —afirmó ella, rotunda—. Era su letra.

—¿También la del menú, en el restaurante El Vivero?

—Sí —ella tembló estrujando sus manos nerviosamente—. También entonces. No puede creerlo, ¿verdad? La letra de un muerto... y luego no hay nada escrito. Pero juro que es la verdad... a menos que esté volviéndome realmente loca.

—Cálmese —le rogó él, poniéndose lentamente en pie. Paseó por la estancia, leyendo los escritos de Frank Colfax—. Ahora, hablemos de otra cosa.

—¿De qué?

—De Steve Colfax. Y de Stella Sawnee, su amante.

—Sí, creo que podemos hablar de ellos —admitió Karin amargamente—.

Pero no puedo creer que ellos lleguen a ser capaces de algo semejante...

—Señora Colfax, de momento, hablemos de todo ello. Seremos nosotros los que lleguemos a una conclusión, una vez tengamos en nuestro poder todos los elementos disponibles... —impulsivamente, con repentina ternura, Brooks puso su mano firme en la de Karin, fría y estremecida, oprimiéndola con cariño y energía—. Confíe en mí, se lo ruego, señora Colfax. Confíe en mí...

—Sí —Karin le contempló, con repentina sorpresa, como si detrás de la apariencia fría e impersonal del simple funcionario descubriese de repente un calor humano que no imaginaba—. Creo que debo confiar en alguien, dentro de todo este horror... y usted es la persona en quien empiezo a sentir confianza..., aunque no sé por qué...

CAPITULO V

El capitán Waldron meneó la cabeza con abatimiento.

—Lo siento, son órdenes superiores.

El teniente Brooks no dijo nada. Se limitó a arrugar el ceño, dirigiendo una mirada de soslayo a Karin Colfax. Esta, algo pálida, contempló a ambos hombres.

—De modo que no ha servido de nada... —susurró.

—Mire, señora, existen mil y un casos en esta ciudad que la policía no puede asumir oficialmente por falta de evidencias de una intención criminal —explicó pacientemente el jefe del Departamento de policía, con aire disgustado—. Esas cosas no dependen enteramente de mí, sino de los de arriba, de los jefazos, ¿comprende? Si ellos dicen que un expediente se cierra, es que tiene que cerrarse, sin más. Sólo si yo aportase abrumadoras pruebas en contra de esa decisión, ellos la reconsiderarían. Por desgracia, no es ese nuestro caso. No hay la menor evidencia de que exista un complot contra su persona.

—Estaba segura de que las cosas no irían bien —se lamentó ella.

—Lo que quiero es que comprenda que hemos hecho todo lo posible —resopló el oficial de policía acercándose a ella—. Esa postal ha sido analizada minuciosamente, y aunque cabe la posibilidad de que alguien escribiese con tinta simpática sobre ella, no hay una seguridad absoluta sobre ello, ni mucho menos. Por otro lado, el señor Colfax, Steve Colfax, y su amiguita Stella, tienen coartada perfecta para todas las ocasiones en que usted vio o creyó ver el rostro de su marido. Finalmente, las cartas de menús del restaurante El Vivero fueron igualmente analizadas con el mismo negativo resultado.

—En resumen: creen que estoy loca e imagino cosas —sonrió con amargura Karin.

—Señora, eso no podemos decirlo nosotros. Es cosa de su psiquiatra. Pero una mujer enferma y nerviosa por una serie de problemas personales y por la muerte de un esposo joven y querido, explica muchas cosas, sin necesidad de recurrir a extremos como locura, ni mucho menos.

—Capitán, es que yo sé que vi a mi esposo en dos ocasiones —afirmó ella fría, casi ásperamente—. Y leí esos mensajes. Nadie me convencerá de lo contrario. Ni médicos ni policías.

—Si existe conspiración, puede venir de otro punto —señaló ambiguamente el teniente Brooks, como si quisiera apoyar de algún modo a la desvalida mujer—. Están los satánicos, señora...

—¿Los satánicos? —Sonrió Karin con ironía—. ¿Es que realmente se preocuparon de investigar eso también?

—Yo lo hice —aseguró Kervin Brooks—. Aparentemente son inofensivos, aunque afirman la posibilidad de que sus adictos tengan una segunda vida después de morir. Lo dicen muy convencidos, pero no me parecieron

particularmente peligrosos. Y, desde luego, no hay la menor prueba contra ellos. Lorelei Powers es una simple adicta sin autoridad dentro de la secta, que dirige su gran sacerdote Leónidas «Luzbel» McRae, un tipo pintoresco, absurdo y fanatizado.

—Frank creía en todo eso sin vacilaciones. Y sus creencias causaban miedo...

—Todo depende de la mentalidad de cada cual. Me temo que llevar ante un tribunal y un Jurado a una secta de adoradores del Diablo, acusándoles de resucitar a los muertos, no iba a reportar beneficio alguno a la Justicia ni a usted misma, señora.

—De modo que asunto cerrado —dijo Karin, tristemente.

—Eso me temo —afirmó enfático el capitán Waldron—, Pero si surge algún nuevo indicio, una prueba concreta, sea cual sea, estaremos dispuestos a revisar el caso, señora.

—Es lo que se dice habitualmente para consolar a una persona como yo, ¿no es cierto? —fue el agrio comentario de la joven viuda.

Ninguno de los dos policías se atrevió a replicar cosa alguna. Cambiaron una mirada y se encaminaron a la salida, tras dejar sobre la mesa los documentos que ella les entregara para investigar.

Karin observó que Brooks eludía su mirada al dirigirse a la puerta, mientras que también el fornido y rudo capitán parecía cohibido y como coartado por la violenta situación en que se ponía ante ella su inevitable comportamiento. La puerta se cerró tras de los dos funcionarios de policía.

Karin, exasperada, rompió a llorar amargamente, ocultando el rostro entre ambas manos. Por unos momentos, su cuerpo esbelto y juvenil se agitó con las convulsiones del llanto.

Marsha Kelly asomó a la estancia. La contempló en respetuoso silencio. Callada, lentamente, recogió los servicios de café de sus visitantes del Departamento local de Policía y se retiró, tras una vacilación, como si estuviese dudando entre dejar a su señora sumida en el dolor, o intentar aliviarla con alguna palabra dulce y confortante.

Por fin abandonó también la estancia, optando por dejar que se desahogase a solas de sus pesares y angustias más íntimas. Karin, encogida en su asiento, se parecía más que nunca a una criatura indefensa contra algo demasiado oscuro y siniestro para poderlo combatir ella con sus escasos recursos, una vez abandonada por aquellos en que más confiara.

* * *

La noche era tranquila y estrellada. Algunas nubes habían estado amenazando lluvia durante la tarde, pero un fuerte viento húmedo había terminado por ahuyentarlas de modo definitivo, dejando el cielo despejado y limpio. Los astros, lejanos y fríos, eran como diamantes colgando de una bóveda de terciopelo azul oscuro. La temperatura, contra lo habitual en Los

Angeles, era ligeramente desapacible.

Karin Colfax, envuelta en un chal dorado y ocre cuyos flecos golpeaban sus zapatos, paseaba por la senda de grava del jardín, entre los setos y la arboleda. Perros adiestrados especialmente, montaban guardia ante la verja de la propiedad, y en cuanto alguien, ya fuese perdona o vehículo, se aproximaba ante la misma, sus ladridos ásperos y amenazadores eran para los ocupantes de la finca una garantía de seguridad.

Por otro lado, el jardinero Calder iba por la casa siempre armado, y todo ello contribuía a hacer que la viuda se sintiese algo más tranquila que en días anteriores. Además, desde la llegada del mensaje postal, nada había vuelto a suceder, y ella misma empezaba a preguntarse en ocasiones si, realmente, había llegado a ver todo aquello, o fue solamente resultado de una serie de alucinaciones provocadas por su desequilibrio psíquico.

Respirar el aire quieto de la noche le había hecho algún bien. Marsha serviría la mesa de un momento a otro, y acababa de hablar telefónicamente con el doctor Mathieson, que la aconsejó una vida despreocupada y sin temores, puesto que los posibles autores del intento de complot, asustados por la intervención policial, era seguro que no volverían a intentar nada nuevo contra ella.

Las luces del comedor estaban ya encendidas. Vio pasar la silueta de Marsha tras las cortinas. Suspiró, envolviéndose mejor en el chal, puesto que a medida que avanzaba la noche, disminuía la temperatura por momentos, convirtiéndose el jardín en un lugar frío y desapacible.

Inició el regreso hacia la casa. De pronto, a su espalda, ladraron los perros.

Se volvió. No vio nada. Tal vez algún transeúnte había pasado demasiado cerca de las verjas, provocando las iras de los animales guardianes. Pero Karin no pudo evitar un estremecimiento, sobre todo cuando uno de los perros emitió un aullido apagado, lastimoso. El otro le respondió con un gruñido sordo y medroso.

Era como si intuyeran algo. Algo diferente. Un merodeador provocaba sus iras, su furibundo acoso. Pero ese modo de aullar o de gruñir...

Dudó entre ir a ver por qué obraban así, o refugiarse rápidamente en 1a casa. Esta última idea venció a su inicial rasgo de valor. Diría a Calder que inspeccionara adecuadamente.

Avanzó con rapidez hacia la casa. Sus pisadas sonaron breves y continuas en la grava amarillenta. Setos y árboles desfilaron rápidos a sus flancos.

Y de repente...

El rostro apareció tras un seto, ante ella. La luz de una farola lo iluminó crudamente.

Aquellos ojos vidriados, aquella sonrisa fija y terrible en la faz lívida como una máscara de ultratumba, helaron la sangre en sus venas. Karin se detuvo, petrificada, sin que el grito de horror llegase a brotar de su garganta. La cabeza parecía flotar en el oscuro jardín.

—Karin... ¿por qué huyes de mí? —Dijo una voz ronca y horrible, como

un estertor—. Karin, amor mío, vengo a por ti...

Un gemido ronco escapó de la boca trémula de Karin. Con ojos desorbitados, la joven viuda se echó atrás, mientras los perros insistían en sus gruñidos y apagados aullidos. La hojarasca emitió crujidos secos bajo la espantosa aparición.

El rostro de Frank Colfax pareció moverse solo, acercarse a ella como un fantasma escalofriante, desprovisto de cuerpo... Karin gritó, gritó y gritó...

Pero esta vez no se desmayó. Llena de rabia, de valor, de coraje insospechado, que ni siquiera sabía de dónde podía brotar, se precipitó sobre el seto, en busca del espectro alucinante que la aterrorizaba.

—¡Frank, Frank! ¡Si realmente eres tú, no te temo! —Chilló, con su histérico valor del momento—. ¡Frank, ven aquí de una vez...! ¡Y si no eres él y esto es todo una sucia farsa, quiero saber lo que se esconde tras ella, seas quien seas!

Karin golpeó el seto, lo atravesó violentamente, rompiendo hojas y ramas con rabioso impulso. Cayó al otro lado, revolcándose en la tierra y el césped. Alzó sus ojos dilatados, medrosos pero decididos.

No vio nada. No había nadie.

Frank Colfax había desaparecido.

Ni un ruido en la fronda ajardinada le reveló la presencia de ser viviente alguno. Al parecer, el rostro fantasmal había sido solamente algo incorpóreo que no dejaba rastros ni necesitaba de esfuerzos físicos para moverse entre setos y arbustos.

Exasperada, golpeó el suelo con sus puños, una y otra vez, pronunciando palabras rotas, entrecortadas, balbuceos roncos, sin llegar al sollozo y mucho menos al llanto.

Ya no había nada. Ni aparición, ni rostro, ni voz alguna. Como si nunca hubiera habido nada. Los perros gruñían, inquietos. Eso era todo. Se incorporó al oír de repente un rumor de pisadas rápidas, procedentes de la casa.

—¡Aquí! —voceó, sin incorporarse—. ¡Aquí, pronto!

Sonó una imprecación. Las pisadas aumentaron en rapidez y volumen. Un foco de luz barrió el seto, buscándola. Un arma chascó al ser retirado el seguro. La voz brusca del hombre sonó potente:

—¡Señora, señora Colfax! ¿Dónde está?

—¡Aquí, Calder! —gritó ella con voz frenética—. ¡Aquí, tras los setos!

El jardinero los salvó de un brinco y llegó hasta ella. Su linterna proyectó un haz de luz sobre la joven viuda, tendida en tierra, con las manos sucias y el rostro manchado de barro. Pareció por un momento desorientado, sin saber qué hacer con su pistola.

—Pero... cielos, señora, ¿qué ha ocurrido? —Demandó Calder—. Creí oír gritos, ladridos y gruñidos de los perros...

—Fue una visión espantosa, Calder —jadeó Karin, incorporándose sin ayuda de él, a base de apoyarse en un inmediato tronco de árbol—. Algo que

no podría describir fácilmente... Pero desapareció. Por favor, alumbra por ahí. Tiene que haber algo en el suelo, alguna huella, sea cual sea...

La linterna barrió la zona indicada. No se veía otra cosa que las propias huellas dejadas por la aterrorizada joven en su enfrentamiento al ser de ultratumba. Calder se mostró perplejo.

—Pues no veo nada, señora —manifestó.

—Yo tampoco —confesó ella, desolada—. Otra vez igual... Ni una sola huella, ni una pequeña evidencia... Es para volverse loco. Pero yo lo vi, Calder. Yo lo vi, lo juro...

—¿Puede decirme lo que vio? Si era algún merodeador, avisaré a la policía y...

—No, no, olvídalo —Karin hizo un breve ademán—. No serviría de nada, créeme. Vamos a la casa, Calder. Creo que es lo mejor.

Los perros, sin embargo, seguían gruñendo torvamente. El jardinero tuvo una idea repentina:

—Espere —dijo—. Vamos a probar algo...

Karin le miró esperanzada. Calder se ausentó. No tardó en regresar con dos hermosos ejemplares de pastor alemán que condujo a viva fuerza hacia aquel punto, mientras ellos, inquietos, clavaban sus ojos en una oscura zona del jardín, sin dejar de emitir sordos gruñidos.

—Mirad —dijo Calder, mostrándoles el lugar donde Karin creyera ver «algo»—. Olfatead eso, muchachos. Y buscad. ¡Buscad!

Los animales gruñeron con más fuerza. Sus hocicos hurgaron en la tierra y en los arbustos. Uno emitió un ronco ladrido y comenzó a tirar de la correa fuertemente. El otro le imitó. Calder, precavido, sujetándoles con una sola mano, férrea y poderosa, empuñó resueltamente la automática con la otra. Miró a su patrona.

—Algo hay —dijo sordamente—. ¿Viene usted, señora? Será mejor que quedarse sola en el jardín... A menos que prefiera ir a la casa, con Marsha.

—No, Calder —declaró Karin con energía—. Iré con usted.

El jardinero y ella se movieron en pos de los perros, sujetando a éstos con firmeza, mientras se desplazaban, olfateando el suelo, hacia un punto determinado.

Ese lugar pronto apareció ante ellos. Era un anexo inmediato al edificio principal. Una especie de cobertizo entre setos y árboles. Calder y su patrona se miraron. Los perros tiraban con violencia, jadeantes e impacientes.

—Parece que encontramos el escondrijo de alguien —indicó el jardinero roncamente.

—Dios mío, ¿de quién? —musitó ella, estremeciéndose.

—Eso vamos a verlo en seguida —aseguró Calder—. Y si realmente no es un fantasma, dudo mucho que pueda afrontar la amenaza de un 38 bien cargado...

Se movió en derechura hacia la casa oscura y solitaria en medio del jardín. Su linterna alumbró los muros de ladrillo y madera, las ventanas cerradas

herméticamente y la puerta, al parecer, intacta.

—No parece haber nadie ahí —musitó Karin, asustada.

—El que esté no va a recibirnos con pancartas, señora —rió Calder con buen humor—. ¡Vamos, muchachos, adelante!

Soltó a los perros. Estos, ladrando, se precipitaron sobre el muro. Sus pezuñas empezaron a rascar furiosas en la puerta. Jadeaban y aullaban, disgustados, intentando entrar.

Calder no vaciló. Se aproximó a la puerta. Apuntó con su pistola y disparó. El balazo descerrajó la recia hoja de madera, franqueando el paso. Karin tembló al sonar la seca detonación.

Un patadón abrió definitivamente la puerta. Los perros entraron impetuosamente por delante. La linterna de Calder barrió el interior, mientras él evitaba que Karin fuese visible por quien pudiera estar dentro. Los animales gruñían, ladraban y se agitaban, frenéticos. Pero nada más pareció ocurrir.

Al fin, Calder terminó de recorrer el cobertizo con su lámpara. Mostróse tan desalentado como los dos pastores.

—No hay nadie —jadeó—. No lo entiendo... Tal vez estuvo ahí... pero se fue.

—Si no ha dejado rastro alguno, será inútil. Y la policía sólo dirá que hubo un intruso, quizá un merodeador —gimió Karin amargamente—. Es para enloquecer, Calder. Nunca hay una prueba, una evidencia, por pequeña que sea...

—Lo siento, señora. Hice lo posible... Y los perros también —se excusó el jardinero—. Es evidente que hubo alguien ahí dentro... Intentaremos encontrar indicios, de todos modos.

—No creo que los haya —suspiró ella cansadamente—. Nunca los hay...

Calder entró. Lo revisó todo, recogiendo luego a los inquietos y defraudados perros. Cambió una mirada de disculpa con su patrona.

—Usted tuvo razón, señora —confesó—. No hay nada.

—Estaba segura de ello.

—Pero puedo hablar yo con la policía. Les diré lo de los perros. Tendrán que creerme.

—Hace falta algo más que eso para convencer a la policía de que aquí ocurre algo fuera de lo normal, Calder —musitó Karin con triste tono—. Vamos, es mejor olvidar todo esto...

Marsha acudía ya desde la casa, ingenuamente armada con un rodillo, atraída sin duda por la detonación del arma de fuego. Miró asustada a los perros y a ellos dos.

—¿Qué es lo que ocurre, señora? —preguntó, con expresión alarmada.

—Eso quisiera saber yo —dijo lentamente Karin—. Vamos a casa, Marsha. Y cierra bien todas las puertas y ventanas esta noche. Aunque me pregunto si los muertos necesitan encontrar paso franco para llegar adonde quieren...

Marsha la contempló en silencio, con una especie de destello medroso en sus ojos. Pero no dijo nada. En vez de ello, se limitó a seguir a ambos al interior de la casa, cerrando tras de sí con doble vuelta a la llave y el cerrojo de seguridad. Después, aseguró los postigos de las ventanas del living y señaló, preocupada:

—Voy a cerrar la puerta de atrás y las ventanas de arriba, señora. ¿De verdad no quiere que llame a la policía?

—No, no —rechazó Karin vivamente—. Sería inútil, Marsha. Es preferible asegurarse aquí dentro mientras dura la noche...

Calder meneó la cabeza, poniendo de nuevo el seguro a su arma. Parecía realmente confuso con lo sucedido. Los perros, atados al porche de la casa ahora, ladraban sordamente, como decepcionados todavía por el fracaso de su fallida caza. Wilshire, sus luces y su populoso tráfico y sus ruidos, parecían distar de allí cientos de millas en estos momentos. Como si la mansión de los Colfax fuese un recinto aislado y solitario, perdido en un páramo.

—¿Sirvo la cena, señora? —preguntó Marsha, al regresar del piso alto.

—No, no —rechazó Karin—. Me temo que no tengo apetito ya. Cenad vosotros. Yo tomaré un poco de leche. Eso es todo.

—Pero, señora, no debe abandonarse así —protestó su doncella—. No es bueno para su salud...

—Por favor, Marsha, esta noche no podría tomar bocado aunque quisiera. No insistas.

—Como guste, señora. Le traeré un vaso de leche con pastas...

Se dirigía hacia la puerta que conducía al ala de servicio de la casa cuando sonó el teléfono.

Fue un timbrazo corto, áspero, casi electrizante. Y, sin embargo, era algo tan simple como eso: una vulgar llamada telefónica.

Hasta Calder dio un respingo. Se quedó mirando el teléfono. Marsha también, sin saber qué hacer. Karin, pese al sobresalto, alargó rápida la mano y tomó el auricular.

—Karin Colfax —dijo brevemente—. ¿Quién llama?

Una risita ronca, distante, llegó a su oído.

Se estremeció. Aferró el teléfono con mayor fuerza. Era una risa de mujer sibilante y con una nota casi siniestra. Demandó, casi con un grito:

—¡Escuche! ¿Quién llama?

La voz femenina no dejó de reír. La carcajada, apagada y cruel, tenía mucho de maligna, de perversa. Ni siquiera parecía un sonido de este mundo.

—¡Deje de reír, maldita sea! —clamó Karin, exasperada—. ¿Pretende volverme loca?

La risa dejó de sonar. La voz de mujer, susurrante, agria como un chirrido, dejó escapar unas escasas y horribles palabras por el auricular:

—Karin Colfax, él ha vuelto... Está aquí, con nosotros... Le invocamos a Satán... y él nos lo devolvió...! Y viene a por ti...

Una nueva carcajada horrorizó a Karin que, frenética, colgó el auricular de

golpe, y se quedó mirándolo con expresión despavorida. Su faz era una lívida máscara de angustia y desesperación.

—Señora... —Marsha fue hacia ella—. ¿Quién era, qué le dijeron?

—Dios mío, Dios mío... —Karin se cubrió el rostro con unas manos sacudidas por violentos, espasmódicos temblores—. Esa horrible voz... Era la de una endemoniada... Una de las adictas de Satán... Y hablaba de él... de Frank, mi marido...

—No haga caso, señora —señaló Marsha, serena, apoyando una mano en el hombro de la viuda—, O se trataría de una broma de mal gusto, o de algo que forma parte de ese complot contra usted, estoy segura...

Había empezado a acariciar suavemente, casi con fraternal afecto, los dorados cabellos de su señora, cuando estalló el segundo timbrazo en la sala.

Y con él, el segundo y violento sobresalto.

Pero esta vez no era el teléfono.

Era el timbre de la puerta de la casa. Ladridos de perros le acompañaron.

CAPITULO VI

—Yo abriré —dijo Calder al dirigirse en línea recta hacia la entrada resueltamente, arma en mano, mientras los perros ladraron furiosamente.

—Cuidado —avisó Marsha, con expresión alarmada.

—No temas —rió el jardinero—. Al primer signo de alarma, le frío a tiros a quien sea, por todos los diablos. No toleraré más sustos a la señora.

Decidido, giró la llave y abrió la puerta, asestando su arma sobre la persona que acababa de pulsar el timbre por segunda vez, al tiempo de calmar a los perros.

Los dos hombres se miraron largamente en un tenso silencio. Calder exigió:

—Vamos, hable. ¿Quién diablos es usted y a qué viene?

El visitante sonrió tranquilo. Explicó sin inmutarse:

—No puedo llevar la mano al bolsillo sin provocarle. Pero llevo en él una credencial de la policía de Los Angeles. Soy el teniente Kervin Brooks, del Departamento Central.

—Teniente Brooks! —Clamó Karin, impulsiva, saltando en su asiento y corriendo hacia la puerta, hasta aferrarse al recién llegado con energía, implorante su gesto—. ¡Dios sea loado! ¡Usted en persona! Hubiera dado algo por verle aquí hace unos momentos...

—Un patrullero acaba de informarme que se oyó por esta vecindad un disparo. Yo montaba guardia en el cruce de Wilshire inmediato a esta finca. Por eso vine rápidamente. ¿Qué es lo que ocurre aquí, señora Colfax?

—Entre, entre, por favor... —rogó ella—. No podía imaginar que estuviera tan cerca...

—Mí presencia aquí no es oficial —miró el arma de Calder y sonrió—. Guarde su artillería, amigo. Es peligroso utilizarla cuando se está nervioso. No tienen nada que temer. Hice poner vigilancia en torno a la casa.

—¿Usted? —Karin boqueó, mientras Calder cerraba la puerta de nuevo—. No resultó demasiado eficaz. Hubo otra... otra aparición en el jardín. Sin rastros, claro. No puedo probarla.

—De todos modos, dígame lo ocurrido.

Ella se lo contó. Brooks la escuchó en silencio, sin reflejar emoción alguna en su faz. Luego, al mencionar la llamada telefónica, sin decir nada aún, fue al aparato y lo descolgó. Ante la sorpresa de todos, hizo una pregunta seca:

—Marwin, habla Brooks. ¿Sigue todo bajo control? —Pareció escuchar algo, aunque no había marcado número alguno y añadió—: Quiero escuchar una grabación. La última llamada hecha a esta casa. ¿Está grabada? Bien, espero...

Alzó los ojos. Karin y los demás le miraban con estupor. Sonrió, aunque su mirada era profunda y grave, fija en Karin Colfax especialmente.

—Tengo intervenido el teléfono —explicó—. Toda llamada se registra y

graba automáticamente. Espero que tengamos la que usted recibió, señora.

En efecto. La grabación fue pasada por el teléfono. Brooks la escuchó. Dio las gracias a su interlocutor y colgó. Se quedó pensativo, frotándose el mentón. Karin fue hacia él, esperanzada.

—¿Me cree ahora? —gimió.

Kervin Brooks la miró. Su voz sonó preocupada.

—Nunca dejé de creer su historia. Por eso estoy aquí ahora. Dispongo de unos días de vacaciones. Los aprovecho para ocuparme de su asunto, señora Colfax. Oficialmente no puedo hacer nada porque mis superiores han cerrado el asunto. De forma extraoficial, es otra cosa.

—De modo que me cree... —la voz de Karin tembló emocionada, sus ojos se humedecieron de llanto—. Me cree...

—No tenía otro remedio que creerla. Su historia era demasiado fantástica para ser real. Sonaba a pura invención o a fruto de la locura. Pero usted no está loca, ni su terror es fingido. Sólo quedaba una posibilidad: un auténtico complot, puesto que usted no puede admitir, como yo tampoco, la versión increíble de un verdadero regreso de la tumba, ¿no es cierto?

—No, Claro que no —ella humedeció sus labios trémulos—. Pero esa voz de mujer que reía... Sus palabras... Era..., era una «satánica», ¿verdad?

—Al menos, pretendía serlo —comentó él encogiéndose de hombros—. Puede formar parte de la escenografía de todo este juego encaminado a aterrorizarla..., o tal vez a volverla loca. Si usted perdiera el derecho a la fortuna de Frank Colfax, es obvio que su cuñado, Steve Colfax, como hermano del difunto, la supliría en la herencia.

—Sí, creo que sí. ¿Eso significa que sospecha usted de él?

—Es uno de los más calificados sospechosos, por supuesto. El y su amante, Stella Sawnee. Recuerde que también una voz de mujer reservó determinada mesa en El Vivero, donde usted leyó un supuesto mensaje de ultratumba en un menú. Y ahora, la voz de mujer se repite por teléfono en otro mensaje encaminado a aterrorizarla.

—¿Cree que ésa es la voz de Stella Sawnee?

—No lo sé aún. ¿Usted ha logrado identificarla?

—No, confieso que no.

—Pudo disfrazarla. Pero no resistirá un análisis electrónico de la grabación. Si es la voz de Stella Sawnee más o menos disfrazada, la computadora nos lo revelará.

—De modo que va a ayudarme, después de todo...

—Estoy ayudándola ya, señora Colfax —sonrió suavemente Kervin Brooks—. Créame que si hay alguien tras todo esto, aparecerá tarde o temprano. Pero no diga nada a nadie. Ni ustedes tampoco, por supuesto.

—Cuente con mi discreción más absoluta, teniente —sonrió Marsha, arreglándose coquetamente el cabello ante la mirada del joven oficial de policía.

—Y la mía también —apoyó Calder—. Todo lo que sea en beneficio de la

señora, puede estar seguro que tendrá en mí a un leal colaborador.

—Les creo —suspiró Kervin—. Y ahora, no les molestaré más. Creo que, ocurra lo que ocurra, debe mantenerse serena y dueña de sí. No deje que esas apariciones espectrales minen su moral ni su equilibrio psíquico. Ambos sabemos que, por desgracia, los muertos nunca vuelven de las tumbas. Frank Colfax ha muerto, y eso es lo único cierto e irreversible. Todo lo demás, son jugarretas audaces de unas personas poco escrupulosas, astutas y capaces de todo con tal de conseguir su objetivo. De todo, ¿entendido?

—¿Qué quiere decir? —Karin le miró, repentinamente preocupada.

—Estaba pensando que si no logran volverla loca, intentarán deshacerse de usted por otros medios. Tal vez... asesinándola.

—Dios mío... —se estremeció la viuda.

—Pueden intentarlo, fingiendo un accidente o algo así. Por ello, si ve a Steve Colfax o a ella, finja que anda desequilibrada, que vacila su razón, y no revele la menor sospecha hacia ellos. De este modo, puede que ellos no recelen nada.

—Me acordaré de sus consejos, teniente... Por cierto, ¿puede quedarse y cenar conmigo? —Le invitó Karin—. No sentía apetito alguno antes de aparecer usted, pero esto me ha servido de revulsivo...

—Muy amable, señora Colfax. Si no le causo problemas, acepto gustoso su invitación, siempre que con ello le ayude a recuperar su apetito perdido.

—Excelente —sonrió ella, radiante, pareciendo rejuvenecer hasta convertirse en la bella adolescente que debía ser cuando se casó con Frank Colfax—, No se hable más. Marsha, prepara una mesa para los dos. Y puedes servir lo mejor que tengas en la cocina. Prometo comer como no lo hacía desde hace mucho tiempo. Ah, y trae una de esas botellas de vino de la bodega.

—De mil amores, señora —aseguró Marsha, con un destello complacido en sus bonitos ojos—. Me alegra verla así, palabra. Ojalá el teniente Brooks viniese más a menudo por aquí...

—Tal vez eso se haga realidad, si el asunto continúa como hasta ahora —sonrió el policía jovialmente, viendo salir a Calder y a la doncella con aire más tranquilo. Una vez solos los dos, se volvió a Karin y añadió suavemente —: Espero que no le resulte molesta mi presencia esta noche, señora.

—¿Molesta? Por favor, teniente, no hablemos de cumplidos. Su presencia aquí, su aceptación de acompañarme en la mesa, es lo más grato que pudo ocurrirme. Me siento segura, diferente, como una mujer nueva, cuando usted está cerca. Creí que era sólo por ser usted policía, pero luego, cuando dejaron de atender mi caso, comprendí que el capitán Waldron no me importaba nada. Usted, en cambio, me inspira fe, confianza, una profunda seguridad...

—Muy amable, señora Colfax...

—Por favor, ¿por qué no me llama Karin? —pidió ella—. Soy joven aún, solamente veintiséis años..., aunque Frank tuviese ya treinta y nueve...

—Vaya, yo tengo treinta —sonrió Kervin Brooks—. Ambos somos

jóvenes. La llamaré Karin... siempre que usted me llame Kervin solamente. ¿De acuerdo?

—De acuerdo—rió ella jovialmente, con una expresión, una voz y una alegría que él no recordaba haber visto antes en la joven viuda. Como si algo la intrigara, preguntó casi inmediatamente—: ¿Está casado, quizá?

—No, no —negó Kervin con viveza y cierto aire humorístico—. En absoluto, Karin. No me sedujo nunca el matrimonio. Tal vez porque no encontré a la mujer adecuada...

—Tal vez —meditó Karin, que parecía dispuesta a hablar de cualquier cosa menos de aquello que la torturaba frecuentemente desde el inicio de los horrores espectrales llegados, aparentemente, del Más Allá, y que iban conduciéndola inexorablemente, jornada a jornada, hacia los límites mismos de! miedo, donde éste se convertía en demencia.

—Bien, hablemos de todo esto mientras cenamos, Kervin, si no le importa. Deseo tanto charlar de trivialidades, por primera vez en mucho tiempo...

—Adelante —la invitó él risueño—. Creo que es la mejor medicina para usted, Karin.

Y, ciertamente, la cena de aquella noche resultó inolvidable para Karin Colfax. Ni un soplo de angustia o temor, ni una sombra de recelo. Solamente temas livianos, comentarios alegres, divertidos... Al oírla reír, incluso, nadie hubiese podido imaginar que aquella muchacha rubia, jovial y resplandeciente, era la misma viuda Colfax, atormentada y rota, de tantas ocasiones anteriores, flanqueada por la asistencia urgente de dos médicos.

Pero estaba predestinada, al parecer, a no disfrutar de una noche entera feliz, porque estando el uno frente al otro, ante la mesa donde ahora sólo quedaban las copas medidas de buen vino de una cosecha californiana de siete años atrás, de nuevo sonó el timbre de la puerta insistentemente.

Karin se sobresaltó, empezando a erguirse. Volvió su mano la copa de vino, que se derramó, rojo como la sangre, sobre el mantel. Rápido, Kervin alargó su mano, sujetándola con firmeza. Los ojos del policía destellaron.

—Calma —pidió, sereno, con voz enérgica—. Nada de temores. No va a ocurrir nada. ¿Espera a alguien, Karin?

—No, a nadie en absoluto —ella miró el reloj del salón—. Además, son ya las diez menos unos minutos...

—Deje que Marsha abra. Yo estoy con usted. Nada tiene que temer.

Y hundió significativamente su mano en el bolsillo interior de su chaqueta. Marsha apareció, mirándola dubitativa. Brooks le hizo un gesto significativo con la cabeza y la joven doncella fue a abrir la puerta de la casa.

Hubo un momento tenso en la sala, hasta que el paso quedó franqueado. Calder, que había retirado sin duda los perros, los debió dejar en su caseta, porque sus ladridos sonaban ásperos y lejanos en el jardín.

—Buenas noches —saludó una voz de hombre joven, fuerte y decidida—. ¿Está mi querida cufiada en casa, preciosa?

—¡Steve! —susurró Karin, con tono de alarma y disgusto, mirando a su

invitado.

—Y viene acompañado —asintió Kervin, al descubrir en un espejo la presencia dé un hombre alto, joven y atlético, deportivamente vestido, en el umbral de la casa, junto a unas bonitas piernas de mujer y unos senos agresivos, que parecían totalmente desnudos, al envolverlos solamente una ligera tela amarilla de una camisa holgada. Los pezones, cuando menos, se marcaban agresivamente.

—Sin duda es su amiguita, Stella Sawnee —señaló entre dientes la joven viuda.

Marsha hizo pasar a la joven pareja al recibidor. Por la puerta entreabierta, Kervin Brooks contempló a los recién llegados atentamente. Steve Colfax apretaba con su mano la de su compañera.

—¿A qué pueden venir? —indagó Kervin, curioso.

—No lo sé. Pero no puede ser nada bueno. Será mejor que le reciba yo sola. Aunque no me gustaría sentirle demasiado lejos en estos momentos...

—No tema, Karin. Estaré aquí, escuchando y vigilando. No hay nada que temer.

Ella asintió, bajando al recibidor. Una vez allí, mientras Brooks miraba por la rendija de la puerta del comedor, Karin Colfax se encaró audazmente con su cuñado y la amante de éste.

—¿A qué debo esta visita a horas tan poco usuales, Steve? —preguntó, seca.

—Como tú no has hecho nada para reunirte con nosotros, Stella y yo resolvimos verte en tu casa. No es demasiado tarde aún... Mi hermano trasnochaba bastante.

—Pero tu hermano ha muerto, Steve —cortó Karin, tajante—. Yo me acuesto pronto. No me encuentro bien. Mi salud está bastante deteriorada últimamente.

—Lo sé —rió Steve con cinismo—, Stella me contó algo de tus histerismos... Incluso crees ver fantasmas y mensajes del Más Allá, ¿no es cierto?

—Posiblemente sólo sean producto de una maniobra criminal contra mí, Steve.

—Vamos, vamos —burlón, Steve Colfax la miró despectivo—, ¿Eso es lo que pretendes hacer creer a la policía, cariño, para dejarnos fuera de circulación? No te va a ser tan sencillo, palabra. Si quieres librarte de pleitos familiares y problemas, será mejor que lleguemos a un acuerdo. Pero será como yo diga, Karin. No a tu entero placer. Digamos que con medio millón nos conformamos Stella y yo. Nos largamos y no tendrás más problemas con la herencia, ¿de acuerdo?

—¡Medio millón! ¿Estás loco? —Protestó Karin—. Tendría que venderlo todo para reunir esa suma, y lo sabes.

—Bien, véndelo. Te sobrará al menos otro millón para ti. Creo que es un arreglo amistoso y cordial el que te propongo.

—¿Y si no acepto?

—Entonces, atente a las consecuencias, querida.

—Has subido mucho en tus exigencias últimamente.

—Estudié a fondo el asunto y recibí buenos consejos, eso es todo —rió Steve.

—Eres un rufián, un degenerado y un canalla —le acusó duramente Karin—. Si no accedo, ¿cuáles serán las consecuencias? ¿Seguir asustándome con voces, llamadas telefónicas, mensajes y fantasmas? ¿Es eso lo que planeas para obtener tu tajada, cerdo?

—Cuidado con lo que dices, Karin —enarboló Steve su puño airadamente—. Si te pones desagradable, pueden ponerse muy feas las cosas para ti...

—Señor Colfax, ¿en qué sentido piensa ponerle feas las cosas a la señora Colfax?

La fría voz de Kervin llegó hasta el recibidor como un trallazo. Steve pegó un respingo y su amante, que estaba sonriendo desdeñosa y agresiva sin quitar sus ojos de Karin, se puso rígida y miró hacia el hombre sereno y glacial que asomaba a la galería alta de la casa, con sus entornados y duros ojos fijos en ellos.

—¿Eh? —Bramó Steve—, ¿Quién diablos es usted? Su cara me resulta conocida...

—Teniente Brooks, de la policía de Los Angeles —Kervin mostró displicente su placa, antes de iniciar el descenso al recibidor—. ¿Sabe que es un grave delito amenazar a una mujer indefensa y atemorizarla con trucos ilícitos, señor Colfax?

—Eh, espere un momento —protestó Steve, alarmado—. Yo no la amenacé con nada. Sólo con procedimientos legales, procesos y todo eso para impugnar una herencia, teniente.

—Usted no mencionó eso en ningún momento —le recordó secamente Brooks.

—Tal vez no me di cuenta, pero no sería capaz de causar daño a mi cuñada ni a nadie —protestó Steve, humedeciendo sus labios y retrocediendo—. Si se refiere a ese lío de los sustos y apariciones, personalmente opino que son simples invenciones de Karin, para hacerse la víctima y echar las culpas sobre mí.

—¿Qué diría si le replicase que la policía empieza a pensar otra cosa? —sonrió agresivo Kervin Brooks, sin quitar sus ojos de él.

—Teniente, Steve tiene razón —protestó a su vez Stella Sawnee—. Ni él ni yo tenemos nada que ver con ese asunto tan feo de las alucinaciones, sean ciertas o no.

—Ya veremos. Se está investigando todo muy a fondo, y si descubrimos algo contra ustedes, pueden ir a la cárcel por intento de estafa y por complot criminal. Ahora, váyanse. Están molestando a la señora Colfax con su presencia.

Stella, asustada, tiró de su amante hacia la salida de la casa. Pero antes,

todavía tuvo Steve Colfax valor suficiente para volverse hacia su cuñada y amenazarla:

—Escucha, Karin, no te librarás de mí tan fácilmente. Ningún policía de esta cochina ciudad podrá evitar que impugne ese testamento de mi hermano. Legalmente, querida cuñada, las cosas distan mucho de estar resueltas, no lo dudes... Después de todo, si Frank estaba «endemoniado» y cosas así, ¿no es posible que esos siervos de Satán le trastornaran lo suficiente la mente corno para firmar cualquier cosa, sin importarle adónde iba su dinero, una vez muerto? A fin de cuentas, he hablado con unos satanistas de esta ciudad y ellos no creen en la muerte. Dicen que la muerte no existe para los hijos de Satán. Que pueden volver a la vida... Para chiflados así, ¿qué pueden importar los bienes materiales? Utilizaré eso ante los jueces, no lo dudes...

Salieron, cerrando de un portazo. Karin, extenuados sus nervios, respiró hondo, apoyándose en la pared. Kervin Brooks fue hacia ella, puso sus manos en los hombros de la joven viuda y murmuró lentamente:

—Calma, calma. Ya se fueron. Es posible que sólo hablase de cosas legales. O es posible que no. Les haré vigilar a esos dos pájaros, Karin.

—¿Oyó lo que decían? Los satánicos dicen que pueden... resucitar —exclamó ella.

—Se dicen muchas tonterías. Todo depende de que ellos lo crean. Personalmente, no creo que haya nadie capaz de devolver la vida a nadie. Si Steve Colfax está mezclado en este complot, es lógico que intente cargar las tintas para asustarla.

—Pero..., pero Frank lo creía tan ciegamente... Aseguraba con tal fuerza que él no moriría, que se limitaría a volver de las tinieblas y ser un muerto en vida por el resto de los tiempos...

—Las sectas esotéricas acostumbran a usar hipótesis, sugestión y cosas así en sus ritos, aparte de drogas alucinógenas que pueden convencer a un adepto de lo más inverosímil.

—Me..., me gustaría creerlo, Kervin, estar segura de que Frank realmente murió como cualquier otro ser humano, y ahora reposa para siempre en paz...

—Hay un medio de saberlo, Karin. Un medio seguro que no admite dudas —dijo gravemente Kervin Brooks, mirándola con fijeza.

—¿Un medio? ¿Cuál? —demandó ella con ansiedad.

—Exhumar el cadáver de Frank Colfax —fue la imprevisible respuesta.

* * *

—Exhumar el cadáver...

—Sí. Extraer de su tumba a Fran Colfax.

—Dios mío, no... —El horror invadía los ojos, el gesto, el rostro y ademán de la joven viuda—. Eso no... ¡Qué espanto!

—¿Por qué? Es la única evidencia capaz de devolverle la paz, Karin. De una vez por todas, estar segura de que, como resulta lógico, los muertos no

salen de la tumba.

—Pero ver allí su cuerpo..., después de este tiempo... Estará..., estará comenzando a pudrirse...

—Es posible que haya comenzado el proceso de descomposición, pero resultará perfectamente reconocible. Usted lo identificará. Unos médicos forenses comprobarán que está clínicamente muerto, sin posibilidad alguna, real o fantástica, de resucitar. Y eso bastará. Será definitivo, Karin.

—Quizá... Sin embargo, una exhumación es algo horrible. Y en este caso, resultaría injustificado ante la ley, ¿no cree? Un juez es quien debe aprobar o denegar tal ceremonia, ¿no es cierto?

—Sí, es así. Pero la esposa puede basarse en algo concreto para solicitarla.

—¿Qué, por ejemplo?

—No sé... Su esposo murió de algo normal, como es un tumor en el cerebro. Nada oscuro ni sospechoso en su proceso clínico. Pero de todos modos, podríamos recurrir a un pretexto que legalmente tiene cierta fuerza. Digamos que usted podría decirle al juez que tiene motivos para sospechar que su esposo pudo morir envenenado.

—¡Envenenado! —Karin abrió enormemente los ojos—. ¡Eso no tiene sentido en un hombre que ha muerto de un tumor cerebral!

—Ya lo sé —sonrió Brooks—. Es sólo una argucia para lograr que el cadáver sea exhumado legalmente y conducido a la Morgue. Una vez en el depósito haremos que un grupo forense examine el cadáver, sin llegar a proceder a la autopsia real, y usted habrá alcanzado lo que desea: la seguridad de que Frank Colfax, por muy siervo del Diablo que sea, no puede asustarla en modo alguno. En suma, que su espectro es falso, simple obra de un ser humano, o de varios, dispuesto a provocarle un trauma o shock.

—La solución es casi tan fuerte como mi propio miedo a lo desconocido, Kervin... —protestó débilmente Karin, continuando su paseo junto al policía, aquella tarde siguiente a la noche en que cenaran juntos, se enfrentaran a Steve Colfax y terminaran hablando de la inquietante posibilidad de exhumar al difunto Colfax.

Era evidente que Karin vacilaba. Aquella misma mañana había recibido una notificación legal del abogado, comunicándole que, como representante de los intereses de Steve Colfax, procedía a la impugnación formal del testamento de su difunto esposo, asunto que se vería ante los Tribunales de la ciudad de Los Angeles en el plazo fijado oportunamente por el juez encargado del asunto.

Ahora, Kervin le sugería la única posibilidad de encararse, valientemente y de una vez por todas, de modo definitivo, con la única posibilidad real y tangible de explicarse los sucesos últimamente vividos, sin versiones fantásticas ni terrores oscuros e insondables que hablaran de seres de ultratumba, espectros malignos o siervos del Señor de las Tinieblas.

Pareció estremecerle la idea. Se arropó mejor en la prenda que colgaba de sus hombros. La tarde era ligeramente fresca, había nuevamente nubarrones

grisáceos en el cielo de California, y el aire tenía tintes húmedos que presagiaban prontas lluvias.

—¿Cuándo podría hacerse eso? —musitó al fin, mirando de reojo a Brooks.

—Eso usted ha de decirlo —Brooks la miró con dulzura, comprendiendo el duro trance en que la viuda se situaba ahora ante tan horrible posibilidad.

—Oh, Kervin, amigo mío... —se aferró a su brazo, con dedos nerviosos—. Si está usted a mi lado... me atreveré a lo que sea.

—Estaré. En todo momento. Sobre todo, cuando llegue el instante de... alzar la tapa del féretro.

Karin tragó saliva. Sus labios estaban secos. Miró patética a Kervin. De pronto, tuvo un sollozo, se pegó a su pecho, y musitó apretándole con fuerza con ambos brazos:

—Kervin... No me deje, se lo ruego.

—No la dejaré —Brooks la atrajo hacia sí, afectuoso, y acarició sus cabellos dorados, suaves y del color de la miel—. Confíe en mí, Karin.

—¿Qué cree que estoy haciendo? —murmuró ella. Alzó los ojos, le miró muy de cerca.

Y antes de que él pudiera preverlo, la viuda Colfax se empinó, aplastando su boca contra la del joven policía. Los dos jóvenes cuerpos se apretaron impulsivos. El contacto de unos y otros labios se prolongó largamente.

Al separarse, ella respiró hondo, lo miró con ojos luminosos y susurró:

—Perdona, Kervin... Creo que eres el primer hombre que me hace sentir así..., incluido Frank. El y yo nunca sentimos realmente amor el uno por el otro... —hizo una pausa—. Adelante. Solicitaré esa exhumación... y que Dios nos ayude.

* * *

Karin apretó fuertemente el brazo y la mano de Kervin Brooks cuando los sepultureros alzaron la pesada lápida que cubría la fosa de Frank Colfax.

Empezaba a caer las primeras gotas de lluvia de un posible temporal de varios días, puesto que los boletines meteorológicos pronosticaban un tormentoso fin de semana para la zona de Los Angeles. Un cielo torvo, encapotado, servía de sombrío palio a aquel momento en que, cayendo la tarde, se llevaba a cabo, en presencia de un representante judicial, la exhumación del cadáver.

La petición de Karin se basaba en «sospechas sobre los motivos reales de su muerte», al menos oficialmente. Eso había enfurecido al doctor Marlowe, médico de cabecera que certificara la muerte de su paciente como víctima de un tumor maligno cerebral, y Brooks tuvo que calmarle, asegurándole que sólo se trataba de una artimaña legal para obtener el permiso judicial y no de una auténtica sospecha. Ni siquiera se iba a practicar autopsia alguna al cadáver, limitándose un equipo de tres médicos forenses a examinar al muerto

y certificar que no cabía posibilidad alguna de resurrección, estado cataléptico ni cosa parecida.

Ahora, en presencia del reducido grupo de testigos —del que el doctor Jonathan Marlowe había solicitado formar parte, no demasiado convencido al parecer aún de la verdadera Significación del macabro hecho—, se procedía a la exhumación.

Junto a aquel punto del cementerio, una ambulancia esperaba para conducir el cuerpo al Depósito de Cadáveres de la ciudad de Los Angeles. Todo, aunque legalizado, no dejaba de tener un misterioso aire de clandestinidad, como si se estuviera realizando una siniestra ceremonia prohibida. La tarde sombría, nubosa y con lluvia, ponía por su parte la otra nota tétrica en la escena.

—Bien, señores... —resopló el sepulturero, enjugándose el sudor de la frente—. ¿Procedemos a abrir el féretro ya?

Hubo un tenso silencio. El funcionario afirmó, tragando saliva, tan incómodo como los demás. El doctor Marlowe arrugó el ceño, mirando hosco a Brooks. El joven teniente sintió que la mano de Karin era fría y húmeda entre sus dedos. Sonrió, apretándola con fuerza y dijo con voz ronca:

—Sí, por favor. Adelante.

Era el peor momento del trámite. Ella era quien debía identificar al hombre sepultado allí, junto con el doctor Marlowe. El féretro de caoba, forrado de zinc o de un metal semejante, aparecía intacto y hermético. La mejor garantía de que de allí no podía haber salido en modo alguno para presentarse ante su esposa.

El sepulturero comenzó a accionar los tornillos del féretro. Estaban fuertes, bien seguros. Si el cadáver estaba ahora dentro, no había nada que temer. Brooks parecía esperar que así lo comprendiera Karin, fija su mirada de soslayo en ella.

La lluvia arreciaba, golpeando sordamente el césped del cementerio, y la noche se venía encima por momentos. Los hombres de la ambulancia dieron la luz a los faros del vehículo y dos chorros de claridad bañaron de modo fantasmal la escena. Karin respiró hondo. Estaba temblando.

—Ya, señores —jadeó el sepulturero, echándose atrás—.

La tapa está suelta.

Kervin no dijo nada. Pero soltó a la joven, inclinándose hacia el ataúd. Aferró la tapa con ambas manos. Oyó apagadamente un gemido de la viuda. Vaciló. Luego, alzó la tapa resueltamente. Varias lámparas proyectaron su luz hacia el interior.

Karin Colfax lanzó un breve grito de terror, El doctor Marlowe resopló, enjugándose nerviosamente el sudor del rostro. El funcionario judicial retiró su mirada, incómodo. Sólo los empleados del cementerio y el propio Kervin permanecieron serenos, sus ojos fijos en el cadáver que reposaba inmóvil, céreo, sorprendentemente intacto aún, aunque con huellas lívidas de descomposición en sus pómulos y sombras violáceas en torno a unos ojos

cerrados y, posiblemente, ya en período de putrefacción.

—Dios mío... —sollozó Karin—. Frank...

—¿Es él? —indagó Kervin, grave el tono.

—Sí —afirmó tajante el doctor Marlowe—. Es él.

—Es mi marido... —musitó Karin—. Es... horrible verle otra vez... ahí.

—Lo comprendo —Brooks se irguió con un suspiro. Miró a los enfermeros e hizo un gesto, ellos comprendieron tomando el féretro para conducirlo a la ambulancia. El policía notó los algodones ensangrentados que taponaban las fosas nasales del muerto, impidiendo que su destruido cerebro se vaciase por allí.

En algún lugar del cementerio, a sus espaldas, sonó una larga y demoníaca carcajada. A Kervin se le erizaron los cabellos.

Karin lanzó un grito de horror y se aferró a Brooks, exasperada, ocultando el rostro contra su pecho. Temblaba como si sufriera convulsiones. Todos se volvieron sobresaltados hacia el oscuro punto de origen de aquella risa estremecedora. Incluso el sepulturero soltó la pala asustado.

No tardaron en aparecer dos agentes de una patrulla policial, llevando entre sí, sacudida por las risas histéricas, a una mujer de sorprendente belleza morena, larga melena negra, sedosa y brillante, y ojos oscuros y profundos.

—La encontramos merodeando por aquí, teniente —saludó uno de los patrulleros.

Ella no cesaba de reír, mirando extrañamente la fosa, la tapa del ataúd y el bulto que era conducido ahora a la ambulancia. Karin se atrevió a mirar a la mujer morena.

—Es Lorelei Powers... —susurró, temblorosa aún—. Una..., una compañera de Frank...

—Vaya... —Kervin clavó sus duros ojos en la bella e inquietante mujer—, Lorelei Powers, la «satánica»... ¿Qué hacía aquí esta noche?

Ella, en vez de responderle, le miró, soltó otra carcajada que sonó atrozmente en el cementerio, y dijo con voz enfática y acento fanatizado, mientras sus ojos brillaban extrañamente:

—No debieron hacerlo nunca... No debieron sacar su cuerpo de ahí... Ahora él puede levantarse y volver de entre los muertos. El espíritu del Mal está en él... Y ya nadie podrá detenerle.

De nuevo rió, como si estuviera loca. Brooks arrugó el ceño. Las uñas de Karin, sobre su torso, casi le hacían daño.

—Llévensela arrestada —pidió a los patrulleros—. Por entrar sin permiso en el cementerio a hora no autorizada. Yo hablaré luego con ella... Serénate, Karin. No ocurre nada malo. Son simples supersticiones, miedos absurdos de gente fanática...

Pero ella, Lorelei Powers, seguía riendo sin cesar, como si algo en aquella macabra situación tuviese para ella un motivo de júbilo...

CAPITULO VII

—¿Por qué estaba anoche allí?

—No es un delito visitar un cementerio para ver la tumba de alguien que una apreció con sinceridad, teniente.

—Usted entró en el cementerio cuando estaba cerrado al público. Y espiaba una exhumación a la que no había sido invitada, señorita Powers —acusó Kervin.

—Lo sé —la extraña morena le miró fríamente. Ahora, en el Departamento de Policía, ya no reía. Se mostraba taciturna, seria y evasiva—. ¿Va a encarcelarme por eso?

—No, por eso no. Pero podría hacerlo por estar participando en una conspiración para aterrorizar y volver loca a Karin Colfax.

—¡Yo no tengo nada que ver en eso! —protestó ella vivamente—. Si alguien realmente intenta asustar a la viuda, yo no estoy mezclada en el asunto ni sé quién lo hace.

—Supongamos que no la creo y la retengo hasta que pruebe que no tiene arte ni parte en todo ello.

—Hágalo —se encogió de hombros, desdeñosa—. Pero cometerá un error. No sé nada de nada al respecto, teniente.

—Dijo cosas tremendas a la señora Colfax anoche.

—Dije la verdad.

—¿La verdad? ¿Usted cree, realmente, que un hombre muerto puede salir de su tumba?

—Si se le da ocasión, sí —afirmó ella, muy convencida—. Ahora, Frank Colfax está fuera del féretro. Puede ser guiado por nuestro señor, Satán... Pero el que vuelve de entre los muertos, sólo desea el mal para los demás, y nadie puede detenerle. Sólo el fuego purificador y las armas del enemigo del Diablo...

—¿Eso es lo que dicen sus ritos?

—La Secta de los Hijos de Satán así lo dice. Y todos lo creemos.

—¿Colfax pertenecía a esa secta?

—Sí —apretó los labios—. Pero no espere que le cuente nada más. Todo lo nuestro es secreto. Podrá matarme, pero no traicionaré a los míos ni a mi amo y señor, Satán, Príncipe de las Tinieblas.

—Está bien —suspiró Brooks, meneando la cabeza—. Puede irse, señorita Powers.

—¿De veras? ¿Estoy libre? —enarcó ella las cejas, sorprendida.

—Ya lo ha oído. Márchese. No hay ninguna ley en el estado de California que le prohíba a una persona creer en el Diablo y adorarle, si ése es su gusto. Pero no se meta en problemas, o la próxima vez no tendrá tanta suerte, Lorelei Powers.

—Gracias, teniente —se puso en pie con rapidez, sin quitarle los ojos de

encima—. Es usted un buen chico, después de todo. Permítame decirle algo.

—Adelante. Diga lo que sea y salga de aquí.

—Me cae usted bien, después de todo —humedeció sus labios, insinuante, culebreó su espléndido cuerpo acercándose con sensuales movimientos hasta Kervin y adhirió sus muslos a los de él, y sus pechos duros y firmes se clavaron en el torso del joven policía—. Es joven, guapo y atractivo, teniente... Si estuviese conmigo en un rito satánico, le aseguro que mi cuerpo le llenaría de placer. Mi boca, mi sexo y todo mi ser serían manantiales de goce carnal para usted. Como no es así, permítame, al menos que le haga una advertencia: tenga cuidado. Mucho cuidado.

—¿Es una amenaza? —Brooks arrugó el ceño.

—Al contrario. Es un aviso amistoso. Hay algo horrible y oscuro en el aire. Usted ha liberado una fuerza que no podrá detener ya. Hay mucho más en el mundo de lo que imaginan ustedes, las personas prosaicas y de poca imaginación... —suspiró, moviendo la cabeza, con un destello sombrío en sus profundos ojos enigmáticos—. No se fíe de lo que no ve... Frank Colfax no era como la gente creía. Era malo. Perverso, cruel, vengativo... Odiaba a mucha gente, a su esposa entre ella... Soportó estoicamente el dolor de su cáncer, porque sabía que volvería de las sombras un día, dotado de una vida que nadie podrá ya quitarle... Yo conocí bien a Frank Colfax. Y sé que su regreso de entre los difuntos sólo puede traer infortunio a muchos... Cuídese, teniente. Cuídese mucho...

Abandonó el despacho, sin añadir más, casi con brusquedad.

Kervin se quedó callado, respiró hondo, y terminó meneando la cabeza, con una mueca.

—Endiablada muchacha... —jadeó—. Casi logró convencerme por un momento...

* * *

Karin se mantuvo silenciosa. Paseó por la estancia lentamente. Fuera, en el jardín, la lluvia era ya intensa. Y no había cesado desde la noche antes.

—¿Aún no saben nada concreto sobre... sobre Frank? —musitó ella.

Kervin Brooks negó con la cabeza, mientras contemplaba distraído unos cuadros en el muro.

—Los médicos se reúnen esta tarde —replicó—. Harán un examen minucioso del cadáver y éste será devuelto a su tumba. Creo que con eso quedarás definitivamente convencida de que el espectro no existe. Ni existió jamás.

—Pero tú mismo me has contado lo que te dijo Lorelei Powers esta mañana...

—Tonterías. Esa chica cree a pies juntillas en el satanismo. Y, sobre todo, en los ritos de su secta, que preconiza la resurrección de los adoradores de Satán. La realidad es muy otra, Karin. El laboratorio me ha confirmado que

hay residuos de un cierto ácido usado en la confección de tintas simpáticas o de rápida disolución, en la tarjeta postal y en la carta del menú de El Vivero. No prueba nada, pero es otro indicio de que existe un complot. En el mundo, todo se explica racionalmente, Karin. No existen los fantasmas, diga Lorelei lo que diga.

—Dios mío, estoy ansiando, creer todo eso ciegamente, Kervin —musitó ella—. Sólo entonces podré respirar tranquila. Los humanos no me asustan. Los espectros, sí.

—Karin, no he querido preguntarte una cosa...

—¿Cuál?

—Lo que me contó esa chica, Lorelei, sobre tu marido... ¿es cierto?

Karin bajó la mirada. Se estremeció. Brooks la vio estrujar los dedos de sus manos entre sí, nerviosamente. Al fin, la respuesta llegó, confusa y vacilante:

—Mucho me temo que... sí. Parece que le conoció bien. Frank fingía ser cordial y afectuoso ante todo el mundo. Pero tenía momentos terribles de malhumor y violencia. Los he soportado muchas veces en forma callada. ¿Merece la pena hablar de eso ahora?

—No, tal vez no —admitió Brooks, poniendo su mano en el hombro de ella—. No quiero torturarte más, Karin. Dejemos el asunto. Yo...

Ella tomó su mano con dedos trémulos. Iba a decir algo, cuando sonó el timbre de la puerta. Karin se mantuvo callada. Marsha fue a abrir.

—¿Esperas alguna visita? —indagó él.

—No, ninguna. Tal vez sea el doctor Mathieson...

No era Mathieson. Marsha regresó con un policía. Este venía alterado.

—Es urgente, teniente —dijo apenas entró—. Por eso vengo a molestarle.

—Adelante, diga lo que sea —le apremió Brooks arrugando el ceño con gesto preocupado.

—Teniente, es algo horrible...

—Por todos los diablos, hable de una vez y diga lo que sea.

—Se trata de... el cadáver de Frank Colfax...

Karin se tambaleó, aferrándose con fuerza a Kervin. Este se puso rígido.

—Adelante —invitó—. Termine, agente. ¿Qué ocurre con el cadáver?

—Ha desaparecido.

—¿Qué? —bramó Kervin, mientras la viuda Colfax exhalaba un gemido ronco.

—Ha desaparecido de la Morgue... y el guardián de ésta, que se hallaba en la sala donde había sido depositado el cuerpo... ha sido horriblemente asesinado. Algo... o alguien le destrozó el cráneo a golpes...

Karin había soportado más de lo previsto. Ahora, con un jadeo, se desplomó a pies de Kervin Brooks, inconsciente.

CAPITULO VIII

—¿Cómo ha podido suceder?

El teniente se volvió despacio al doctor Mathieson, que atendía a la enferma en su dormitorio. Pareció elegir las palabras cuidadosamente.

—No hay nada seguro, doctor —informó—. Lo cierto es que no hay huellas de que intruso alguno entrase en el depósito para robar el cuerpo y atacar al empleado de servicio.

—Pero eso es lo que tuvo que ocurrir, ¿no? —los ojos penetrantes del psiquiatra examinaron a Kervin a través de las gafas, inquisitivos.

—Sí, claro —el policía se mostraba extrañamente evasivo—. No cabe otra explicación. A menos...

—A menos... ¿qué? —repitió tenso el médico.

—No, nada. Es una tontería —rechazó Brooks—. Como todo lo que dice Lorelei Powers.

—¿Esa Lorelei es la chica que pertenece a una secta de ritos satánicos?

—Sí. La que tuvo amistad con el difunto Colfax. La hemos interrogado de nuevo, por si sabe algo sobre la desaparición del cadáver y el asesinato.

—¿Y qué ha dicho ella?

—Algo que sólo a esa gente podría ocurrírsele —suspiró el joven—. Ella sostiene que el horror ya está aquí. Que el cuerpo de Colfax resucitó, y fue él mismo quien mató al empleado, aplastándole la cabeza con sus manos. Como ve, es una auténtica estupidez sin sentido.

—Pero usted dice que no hay evidencias de que entrase nadie allí y robara el cadáver.

—Cierto. Pero si tuviéramos que aceptar esa historia, el Departamento sería un manicomio. Los expertos están estudiando los indicios en la Morgue. Espero que pronto haya algún resultado práctico... y podamos desechar toda explicación sobrenatural de los hechos.

—No parece usted demasiado seguro de que esa explicación fantástica sea totalmente inadmisible.

—No sé, este caso empieza a trastornarme un poco —miró hacia Karin y se mordió el labio inferior, al descubrir que ella había abierto los ojos y le miraba fijamente—. De cualquier modo, doctor Mathieson, usted y yo sabemos muy bien lo que es posible y lo que no lo es.

—No te esfuerces por tranquilizarme, Kervin —murmuró Karin Colfax con voz apagada y un leve asomo de sonrisa—. He podido darme cuenta de que empiezas a dudar, de que no todo es realmente como tú querrías que fuese. Que dista mucho de estar claro lo que sucedió en el depósito de cadáveres, ¿no es cierto?

—Estoy seguro de que se probará la presencia de un intruso, Karin.

—¿Un intruso capaz, por sí solo, de matar a golpes a un empleado y huir de allí con un cadáver sin dejar rastro? Recuerda que mi marido medía más de

seis pies y pesaba en vida unas ciento ochenta libras (*Un poco más del metro ochenta de estatura y noventa kilos de peso, convertidas las medidas al sistema métrico decimal*). Demasiado para robarlo fácilmente sin que haya huellas, ¿no crees?

—Las huellas aparecerán, estoy convencido.

—Veremos, Kervin, veremos... —musitó ella, moviendo la cabeza de un lado a otro con gesto escéptico—. Empiezo a sentir el terror helándome las venas...

—Eso es, justamente, lo que alguien pretende hacer contigo —dijo Brooks gravemente—. No te dejes vencer. Lucha, Karin. Trata de ver las cosas serenamente.

—Hicimos esa exhumación precisamente con tal idea. ¿Y qué ha resultado? Peor aún que todo lo anterior. Quizá Lorelei Powers tuvo razón, después de todo.

—Tonterías, señora Colfax —cortó el doctor Mathieson vivamente—. Ninguna persona equilibrada aceptaría tal explicación, compréndelo.

—Entonces, explíquenmelo con lógica, por favor —pidió Karin, mirándoles.

Mathieson y el policía cambiaron una mirada pensativa. No dijeron nada. El teniente se encaminó a la salida del dormitorio.

—Debo irme ahora —dijo, evasivo—. Quiero estar presente en el Departamento para saber cómo van las investigaciones. Antes me daré una vuelta por la Morgue...

—¿Puedo acompañarle? —pidió el psiquiatra, curioso.

—Claro. Vamos, doctor —miró a Karin—. No debes temer nada. Calder y Marsha están en la casa contigo, y hay policía en los alrededores vigilando la zona. Yo volveré más tarde, esta misma noche.

—No dejes de hacerlo —rogó ella, medrosa—. Sólo estando tú presente me siento mejor, Kervin. Y segura, sobre todo.

—Descuida —sonrió él, alentador—. No faltaré.

Salieron él y Mathieson, cerrando suavemente tras de sí. Karin suspiró, cerrando los ojos. El efecto del sedante que le administrara el psiquiatra la fue sumiendo en un profundo sueño. Fuera, los perros pastores ladraron despidiendo sin duda a los dos hombres, mientras la lluvia arreciaba sobre la hojarasca del jardín, produciendo un rumor somnoliento y machacón.

* * *

No supo por qué había despertado.

Pero lo cierto es que fue un despertar brusco, sobresaltado. Como si aleo, en el fondo de su cerebro, la hubiese impulsado subconscientemente a ello.

Abrió los ojos. Intuyó que ocurría algo raro.

Miró en derredor, sintiendo un repentino y extraño frío que reptaba por su espalda, hasta hormiguear gélido en su nuca y erizar sus cabellos.

Sin embargo, no parecía haber el menor motivo para ello. La estancia aparecía cerrada y ella estaba sola en el lecho, sin ninguna presencia amenazadora en torno. Las espesas cortinas velaban el ventanal y la lluvia sonaba fuera. Eso era todo.

Sentía la boca seca. Alargó el brazo y oprimió el llamador. Pediría a Marsha cualquier cosa. Deseaba ver a alguien, no sentirse tan sola, tan asustada...

Esperó. No acudió nadie a su llamada. Sorprendida, insistió en el timbre. Lo oyó resonar, allá en la distancia. Tenía un extraño sonido. Como si la casa estuviese vacía y fuese de inmensas proporciones. Nunca lo había oído sonar así. O se lo parecía

Se incorporó, empezando a asustarse cuando Marsha siguió sin aparecer. Puso los pies en el suelo y corrió a la puerta. La abrió. Asomó al corredor. Gritó con voz aguda, potente:

—¡Marsha! ¡Calder! ¡Venid, pronto! ¡Marsha, Calder, por favor, os necesito!

Su voz retumbó y se perdió en la distancia. Nadie acudió a sus voces. No parecía haber en la casa ser viviente alguno excepto ella misma. Pero eso no era posible, pensó con un escalofrío la joven viuda, sintiendo en su corazón la zarpa helada del miedo.

—¡Marshaaaaaaa! —su alarido recorrió la casa toda como un desgarro que rompiese la propia atmósfera.

Nada. Ni una voz. Ni un ruido. Ni un movimiento. Ni siquiera el tranquilizador ladrido de los perros en el jardín. Sólo el tamborileo sordo de la lluvia. Y el silencio terrible del interior.

Sus pies descalzos corrieron sobre la moqueta. El corazón batía furiosamente en su pecho, las sienes le palpitaban y el corredor parecía oscilar, tambalearse ante sus ojos enturbiados.

Pese a ello, siguió adelante, golpeándose en las paredes, vacilando, trompicando a punto de caer. Sus voces llamando a sus sirvientes empezaban a resultar torpes, temblorosas, inseguras. Y el llanto se mezclaba con ellas, ahogado.

—Dios mío, no... —sollozó—. No quiero estar sola... ¡No quiero estar sola!

Era ya un pánico irrefrenable hacia la soledad que, para ella, significaba en estos momentos sentirse desvalida, indefensa frente al invisible horror de más allá de la vida, a la espantosa posibilidad de que los ritos demoníacos le devolvieran la efigie de un cadáver viviente, de un muerto-vivo dominado por el Mal y por la voluntad perversa de Satán.

Llegó abajo. Para asombro suyo, la casa aparecía totalmente desierta, sin señal de presencia humana alguna. ¿Qué se había hecho de Marsha, de Calder, de los perros...?

La lluvia arreciaba en el jardín. Aun así, corrió desesperadamente hacia la puerta de salida, sin importarle que el agua pudiera empapar su cuerpo

protegido por el liviano tejido de su camisón.

Alargó su mano temblorosa y abrió la puerta de un tirón, enfrentándose a la cortina de lluvia que caía más allá del porche.

También se enfrentó a algo más.

A Frank Colfax, su marido.

* * *

Estaba allí. Erguido, rígido en el porche, ante el umbral. Mirándola con ojos vidriosos, dilatados. Su cabello chorreaba agua, igual que su rostro y sus manos crispadas.

Avanzó hacia ella, mientras Karin chillaba desesperadamente, alucinada, retrocediendo ante la impasible aparición de ultratumba.

—Karin, he vuelto... —dijo la espantosa voz que surgió de aquella boca convulsa, en un rostro con huellas de descomposición, con tapones de algodón en sus fosas nasales, y tal como lo viera en el féretro cuando se le exhumó—, Karin, te dije que volvería... y sabes lo que voy a hacer... Sabes por qué he venido...

—¡No, no, noooo! —aulló ella, presa de la desesperación, casi rozando ya la demencia. Y echó a correr, como loca, hacia las vidrieras de la puerta-balcón que daba al otro lado del jardín, al fondo del living.

El espectro de Frank Colfax caminó tras ella, pesadamente, Como un autómata.

Karin arrancó, exasperada, las cortinas, y se precipitó sobre la falleba de la puerta-balcón, abriéndola para escapar al otro extremo del jardín, bajo la lluvia.

Tras la espesura, una forma humana emergió, provocándole otro grito de terror. Pero esta vez, aun bajo el fuerte aguacero, y pese a la oscuridad del jardín, Karin pudo identificar casi inmediatamente el rostro joven, enérgico y varonil, bajo los revueltos cabellos castaños.

—¡Oh, Kervin! —Chilló, sin dar crédito a sus ojos—. ¡Kervin, Dios sea loado!

Kervin Brooks, el teniente de policía, enfundado en un impermeable, apareció con mayor, claridad, avanzando hacia ella. Karin, tras una alucinada mirada atrás, al ser de pesadilla surgido de las tinieblas de la muerte, rompió en sollozos de histérica alegría, y se precipitó en brazos del policía, clamando con angustia:

—¡Kervin, por el amor de Dios, protégeme! ¡Míralo! ¡El está ahí, frente a mí...! ¡Viene a destruirme! ¡Kervin, Kervin...!

Los brazos enfundados en el oscuro impermeable la rodearon con fuerza. El rostro del joven se mostraba inexpresivo, extrañamente inexpresivo...

Y, de repente, de detrás de aquella faz helada, surgió una increíble risotada, una carcajada escalofriante.

Karin miró con estupor el rostro de Kervin Brooks... Y, de súbito, una

mano de él se alzó... ¡y arrancó de un tirón su peluca castaña y su rostro modelado en plástico, surgiendo debajo de éste la cara de una mujer morena, hermosa y maligna, de centelleantes ojos negros!

—¡Lorelei Powers! —Clamó Karin, horrorizada, rompiendo en un llanto frenético, soltando a la endemoniada y cayendo de rodillas ante el falso policía—. ¡No, Dios mío, no es posible tanto horror...!

—Adelante, Frank, adelante... —invitó ella, sin dejar de reír, mirando al espectro que salía ya al jardín, a espaldas de Karin—. Ya es tuya... Destrúyela, haz lo que has venido a hacer...

—¡No, no, por el amor de Dios! —Sollozaba Karin, lívida, empapada en agua, convulsa, temblando de terror y desesperación, en el límite mismo del pánico tolerable para un ser humano—. Dejadme... Dejadme, os lo ruego... Frank, Frank, no te acerques, no me mires así... Perdóname, por lo que más quieras... Vuelve a tu tumba y yo confesaré. Yo me entregaré a la policía y diré la verdad... Yo confesaré que te hice morir, que hice inocular el cáncer en tu cerebro... Que el doctor Marlowe recibió su dinero a cambio de ese trabajo... ¡Lo diré todo, Frank, pero no me mires así! ¡Sí, yo te maté, y tú lo sabías! ¡Lo supiste siempre y por eso volviste de la tumba, por eso esperabas la muerte tranquilamente, burlándote de mi espera, seguro de poder vengarte luego...! Perdón, te lo suplico... Pagaré mis culpas, pero no así, no a tus manos... ¡Confesaré a la policía, se lo diré al propio teniente Brooks todo, desde el principio mismo en que planeé terminar contigo cometiendo un crimen perfecto!

El cadáver viviente se había inmovilizado, rígido, ante ella, mirándola sin expresión. Lorelei Powers había dejado de reír y la contemplaba con una mezcla de asombro y de compasión. De rodillas en el suelo fangoso de! jardín, Karin Colfax lloraba mientras iba confesando con voz desgarrada su crimen.

—Es suficiente, Karin —dijo tranquilamente una voz entre los setos—. Lamento haber tenido que llegar tan lejos, pero era muy difícil hacerte confesar de otro modo un crimen tan inteligente y bien calculado...

Karin se volvió, demudada, hacia el lugar de donde llegaba la voz. Lívida, incrédula, contempló la aparición de Kervin Brooks, del capitán Waldron, de otros dos hombres, sin duda agentes también de la policía local, y del psiquiatra doctor Mathieson.

Todos la miraban sin odio ni reproche. Sólo con expresión de lástima y de pesar.

—Kervin... —musitó roncamente, contemplando a todos uno por uno—. Kervin, eso significa que tú... que tú lo planeaste todo...

—Todo, Karin —asintió lentamente Brooks con un suspiro—. Fue cosa del capitán y mía. Era difícil probar lo que sospechábamos. El juego de los mensajes con tinta simpática, las apariciones, las llamadas telefónicas... Todo era cosa nuestra. Esta vez, Lorelei Powers nos prestó su colaboración. Y en todo momento, el doctor George Thompson, de parecida contextura a tu

marido y especializado en difíciles caracterizaciones, ocupó el lugar de Frank Colfax, haciendo el papel del espectro.

Las lágrimas corrían por las mejillas de Karin, mezclándose con el agua de lluvia. Un agente de policía llegó hasta ella y la esposó. El falso Colfax se quitaba de sus ojos las lentillas y de su cabeza los postizos de cabello, empezando a tener poca semejanza con el difunto.

—Todo era una trampa... —sollozó Karin—. Una sucia trampa... Me estuviste mintiendo todo el tiempo, Kervin...

—No tenía otro remedio. Era cruel, pero sabíamos que tú hiciste morir a Colfax y teníamos que probarlo. El llevarte al límite del miedo podía ser el mejor camino, aunque ofrecía, dificultades. Tú misma te adelantaste en una ocasión, al decirnos el texto de la postal cuyo mensaje se borró. No mencionaste una última frase que habíamos escrito en ella, y que decía exactamente: «hasta tu fin, para vengarme.» ¿Por qué tenías que ocultar tal cosa, a menos que, realmente, temieras esa venganza?

—Y todos se pusieron contra mí —gimió ella, demudada—. Incluso Marsha, Calder...

—No, ellos no. Yo les obligué a salir de la casa, pretextando una estratagema policial para capturar al falso fantasma. Marsha ha sido siempre una chica fiel a tu persona, Karin. Si hay algún culpable en todo esto, ése soy yo. Lo lamento. Me siento indigno en estos momentos. Pero tenía que hacerlo.

—No te guardo rencor por ello —musitó la joven viuda, mirando sus manos esposadas con triste sonrisa—. Supongo que un policía tiene que cumplir con su deber, por encima de todo.

—Por encima de todo, sí.

—Una última pregunta: lo de la exhumación fue idea tuya también, para amedrentarme más, ¿no es cierto?

—Sí, por supuesto. La desaparición del cadáver y la muerte de un presunto empleado de la Morgue elevarían tu capacidad de temor hasta conducirte a una crisis inevitable.

—De modo que ni el muerto ha desaparecido ni mataron a nadie...

—Exacto, Karin —afirmó Brooks—. Ahora arrestaremos al doctor Marlowe, acusado de complicidad y de intervención directa en el asesinato al inocular al enfermo células cancerígenas que él sabía terminarían desarrollándose en un punto vital de Colfax. ¿Sólo lo hizo por dinero?

—Sólo por dinero —sonrió con amargura Karin—. No era mi amante, si te refieres a eso. Nunca tuve un amante. Sencillamente, odiaba a Frank. No podía soportar su crueldad y sus violencias. Por eso le maté.

—Espero que el jurado sea benévolo contigo, Karin —suspiró Brooks—. Vamos ya.

—Sí, vamos —movió su cabeza, asintiendo—. La historia ha terminado.

Echó a andar a través del jardín. Kervin se despojó de su gabardina, cubriendo a la aterida joven. Ella le miró con gratitud, tristemente.

Luego, cruzaron el jardín hacia el coche celular que esperaba ante la casa. Marsha y Calder vieron salir esposada a su señora. La joven doncella mostró su asombro. Karin le dirigió una vaga sonrisa, sin decir nada.

Alcanzaron la cerca del jardín que rodeaba la finca de Karin Colfax en Wilshire. Estaba amainando la lluvia ligeramente. Las luces de la ciudad brillaban a través de la cortina de agua.

Apenas habían puesto el pie en la acera, cruzándola hacia el coche policial, cuando Karin lanzó un prolongado, terrible alarido.

Sobresaltados, todos la miraron, descubriendo su expresión angustiada, sus manos esposadas, alzándose desesperadamente, como intentando cubrirse de un nuevo e imprevisto horror.

Kervin Brooks y los demás miraron hacia la iluminada esquina próxima. La incredulidad y el espanto asomaron a sus rostros.

—¡No, no, otra vez no! —chillaba Karin, frenética.

—Dios mío... ¿qué es eso? —jadeó Kervin, demudado, sin dar crédito a lo que veía.

Cruzando la calle hacia ellos, con paso lento y torpe, venía Frank Colfax.

¡Y esta vez, era realmente su propio cadáver el que caminaba dotado de una vida fantástica y demoníaca!

CAPITULO IX

Frank Colfax. Muerto. Con las manchas de auténtica corrupción en su rostro, con los ojos vaciados, chorreando un humor bilioso y negruzco, con la nariz taponada con sangrantes algodones, con las manos medio carcomidas ya en sus palmas y dedos, mostrando hueso y carne putrefacta...

¡Frank Colfax vuelto a la vida!

Un espectro cuyo hedor llegaba hasta ellos formando un vaho pestilente que invadía la calle toda.

—Kervin, ¿es un nuevo truco? —jadeó el capitán Waldron, perplejo.

—Cielos, no —negó Brooks, lívido—. Eso no es un truco, capitán... ¡Detengan a ese fantasma!

Los dos policías de la escolta avanzaron rápidos, empuñando sus armas. Encañonaron a la espantosa aparición que cruzaba la calzada.

—¡No se mueva! —ordenó uno de ellos, enérgico—. ¡No se mueva o disparo!

El ser llegado de entre los muertos siguió su avance impecable. No pareció haberlos oído. De su boca escapó un ronco estertor, mezclado con purulencias de su cuerpo en proceso de descomposición:

—Karin... Karin, he vuelto... Te lo dije... Te dije que volvería...

Karin chillaba, frenética, ante aquella visión de pesadilla que parecía atemorizar y asombrar tanto como a ella misma a todos los demás. Lorelei Powers, como en éxtasis, jadeó, cayendo de rodillas, los negros ojos muy abiertos:

—Lo ha logrado... ¡Lo ha logrado! ¡Es Frank Colfax, que vuelve de la Muerte! ¡Satán, nuestro amo y señor, se lo ha concedido! ¡Ya nada ni nadie puede destruirle!

El policía hizo un disparo de aviso contra el asfalto. La bala rebotó en la calzada mojada, sin impresionar al espectro, que siguió su marcha lenta, pesada.

—Kervin, protégeme... —sollozó Karin, aferrándose al teniente—. ¡Esta vez sí es él! ¡El truco se ha vuelto contra todos vosotros!

Pálido, Kervin la cubrió con su cuerpo y buscó su propia automática en la funda de su axila izquierda. El policía, que no había disparado aún, se acercó al caminante de la muerte intentando frenarle.

Fue un tremendo error que Kervin advirtió más tarde. Su grito no llegó a tiempo:

—¡No, no hagas eso! ¡No te acerques a... a esa cosa!

El monstruo aparecido no necesitó mucho para deshacerse del policía. Cuando puso su mano en su brazo, el otro brazo de Colfax se alzó. Lin espantoso mazazo con aquella mano medio putrefacta aplastó el cráneo del infortunado, en medio de un tremendo amasijo de carne triturada, huesos, sangre y masa encefálica.

Un ramalazo de horror sacudió a todos. Lívido, el otro policía retrocedió, comenzando a disparar su arma contra el fantasma.

Las balas abrieron boquetes en sus ropas ajadas por el sepulcro. Los orificios despidieron purulencias fétidas, y nada más. El ser de ultratumba ni se conmovió.

—¡Cuidado! —Voceó Kervin—. ¡Es inmune a los disparos! ¡Después de todo, es... es un cadáver, y nadie puede matar lo que ya está muerto!

—Dios mío, ¿qué hacemos, entonces? —Jadeó el capitán Waldron—. Está muy cerca de nosotros... Nos aplastará a todos para alcanzar a su viuda, que es lo que busca...

Más disparos se unieron a los del agente, pero el resultado era el mismo. Aun convertido en una criba, evidentemente, el monstruo seguiría adelante, siempre adelante, movido por las fuerzas satánicas que le habían devuelto a la vida.

Kervin Brooks probó fortuna, metiendo una bala en el cráneo del difunto. Aunque vio saltar la tapa craneal, y una pestilente materia negruzca, pastosa, escapó por su abertura, no ocurrió nada. Frank Colfax continuó su avance, mientras Karin gritaba y gritaba, en el paroxismo del terror.

—¡Es invulnerable! —Clamaba Lorelei, contemplándole en éxtasis, pronunciando cabalísticas invocaciones a su señor de la Tinieblas—. ¡Es la fuerza misma del Infierno la que le mueve! ¡No tienes salvación, Karin Colfax! ¡Huid todos antes de que os aniquile el resucitado!

Con la desesperación pintada en su semblante, Kervin miró a la endemoniada, recordando vagamente algo que ella misma le dijera en cierta ocasión:

—«Sólo el fuego purificador y las armas del enemigo del Diablo... podrán acabar con el que vuelva de la tumba...»

—El fuego purificador... —jadeó entre dientes—. Y las armas del enemigo del Diablo...

Tuvo una idea centelleante. Tenía que correr mucho, porque la distancia entre el espectro y Karin era ya mínima, pese a la oposición policial que protegía a la joven viuda con un férreo cerco. Cuando él alcanzase al capitán Waldron y a los demás, le sería muy fácil triturarles con su fuerza sobrenatural.

Corrió al coche policial y abrió la tapa del portaequipajes. Aferró con mano crispada una lata de combustible de reserva. Corrió con ella hacia el grupo, soltando la tapa sin pérdida de tiempo.

Al mismo tiempo que con una sola sujetaba la lata, empezando a derramar gasolina por el asfalto mojado de lluvia, en forma de cerco alrededor del monstruoso ser, con la otra mano forcejeó, arrancando tablas de la cerca de la residencia de los Colfax.

—¿Qué pretende hacer, Kervin? —se interesó el capitán

Waldron, que ya no sabía de qué forma proteger a Karin y retroceder ante el avance del aparecido.

—No lo sé aún, capitán —confesó Brooks—. Espero que resulte, si Lorelei Powers dijo la verdad... y todo parece dar a entender que, efectivamente, decía muchas más verdades de las que imaginamos nosotros.

Dejó caer la lata ante las piernas pesadas y rígidas del espectro, que la golpeó indiferente, aplastándola al avanzar. Rápido, Kervin prendió su encendedor y lo arrojó sobre el combustible.

Una tremenda llamarada se elevó, empezando a arder la gasolina en torno al satánico Colfax. Este se agitó un momento, como desconcertado, al verse en medio de un círculo de fuego crepitante. A sus pies llameó el bidón aplastado, y las llamaradas lamieron sus ropas, sin parecer afectarle demasiado. Aun ennegreciéndose su piel, parecía tan lleno de vida como antes.

—¡Las llamas no evitarán lo peor! —Clamó el capitán—. ¡Cruzará el cerco y caerá sobre nosotros!

—No, capitán. No intento que las llamas le abrasen —negó Kervin, solemne.

Y sujetando las dos tablas de la cerca, en forma de cruz ante sí, avanzó decidido hacia Frank Colfax.

Este alzó sus brazos por primera vez, agitándolos con algo parecido a la ira. Un berrido horrible escapó de sus labios tumefactos por la putrefacción interna. El círculo de fuego le envolvía. La cruz de madera improvisada, se alzaba ante él, como un escudo.

—¡Noooo! —Chilló Lorelei, desesperada—. ¡No haga eso! ¡Es un exorcismo!

—Lo sé —afirmó Kervin—. Usted misma me dio la clave, Lorelei. El endemoniado no podrá salir de ese cerco de fuego mientras la cruz está ante él... Y sus fuerzas le abandonarán... hasta la aniquilación definitiva. Véanlo...

Parecía ser cierto. Colfax cayó de rodillas. Las llamas prendían en sus ropas y cabellos, abrasaban su piel y ahora parecía no tener fuerzas para seguir avanzando, forcejeaba contra algo invisible que le oprimía, y lentamente iba como deshinchándose, arrugándose en una masa informe, de la que se elevaba el fuego.

—Fuego purificador... Y las armas del enemigo del Diablo... La cruz. El arma de Dios... —recitó Kervin, triunfante—. Da resultado. Ven... El ser surgido de la tumba vuelve a ella... y esperemos que ahora definitivamente. Un sacerdote rezará ante sus restos, y una cruz reposará sobre su féretro para que así sea...

—Cielos... —musitó el capitán Waldron roncamente—. Si Siegan a decirme que iba a presenciar algo así... Que existen cosas como ésta...

—A veces, quizá no debemos ser los hombres tan escépticos con muchas cosas que desconocemos. Pero que están ahí. Que existen, aunque no sepamos dónde... —murmuró el joven teniente de policía, viendo cómo el cuerpo de Colfax eran ya simples pavesas encogidas en medio de un cerco de llamas purificadoras.

* * *

—Pobre señora... ¿Qué será de ella ahora?

Kervin Brooks miró a Marsha Kelly, la joven y atractiva doncella de los Colfax. Movió la cabeza con lentitud.

—No creo que deba temer por su futuro. No está encarcelada, sino en un centro psiquiátrico del estado de California. Su salud mental no es muy buena, y no sólo por la crisis nerviosa que forzosamente tuvimos que provocarle, sino por... lo que sucedió después.

—Cuando lo falso se hizo real, ¿no? —comentó Marsha, estremeciéndose al recordarlo.

—Sí... —suspiró Kervin Brooks—. Es algo que jamás olvidaré. Nadie se explica cosas así, y ha sido mejor ocultar la noticia a los periódicos y a la opinión pública. Ya hay demasiados miedos a muchas cosas en nuestros días para que la gente tenga que volver a temer también al Diablo... Es preferible que siga habiendo escepticismo en torno a esas cosas, a una certeza que aterra...

—Yo nunca lo olvidaré mientras viva, teniente.

—Yo tampoco. Ni ninguno de los que vivimos aquel horror —aseguró el joven—. Peor es lo de Karin Colfax. Temo que ya no salga en mucho tiempo de ese centro. El doctor Mathieson asegura que el impacto que la ha desequilibrado fue la aparición terrible del cadáver viviente. Pero eso, cuando menos, impedirá que vaya a una celda de condenada por asesinato en primer grado, como será la suerte del doctor Marlowe.

—Y ahora que todo acabó, usted a ocuparse de otros asuntos... y yo a buscar una nueva patrona —suspiró Marsha.

—¿Qué le parecería ser la doncella de mi casa? —sugirió Kervin.

—¿De usted? —ella le miró vivamente—. ¿Tiene familia?

—Una madre encantadora —sonrió Brooks—. Se llevarán bien las dos, estoy seguro.

—¿Por qué me hace esa oferta? Soy una buena doncella y puedo encontrar trabajo...

—Por eso mismo, sería una lástima perderla. ¿No quiere aceptar?

—Claro que sí. Pero sigue intrigándome que no tuviera doncella hasta ahora y al decidirse a elegir una, haya pensado en mí.

—Mi madre tiene ya demasiada edad para andar haciéndolo todo. La convencí de que tomásemos una doncella para ayudarnos. Ella dice que sería mejor que me casara, y mi esposa le echase una mano en alguna pequeña cosa.

—¿Y por qué no se casa? —indagó Marsha, curiosa.

—Eso es más largo de contar. ¿Por qué no se casa? —indagó Marsha, curiosa.

—Eso es más largo de contar. ¿Por qué no vamos a cenar juntos mañana

por la noche y hablamos de todo ello usted y yo?

—¿Cenar juntos? ¿El señor y la doncella? No resulta demasiado correcto.

—Digamos que podríamos discutir la posibilidad de que ingresara en la comunidad de los Brooks como doncella... o como futura esposa de Kervin Brooks.

—¿Yo, su esposa? —Enrojeció ella bruscamente, mostrando su asombro—. ¿Bromea, teniente?

—Ni lo más mínimo —sonrió muy serio él—. La verdad, Marsha, es que pretendía tenderte una trampa. Empiezo a aficionarme a esas cosas, por lo visto. La trampa consistiría en tenerte en casa... y pedirte entonces que te casaras conmigo.

—Pero... pero si apenas me conoce...

—No hace falta conocer a una chica para sentirse atraído por ella. Desde que visité por primera vez la casa de los Colfax, me gustaste. Pero tenía que fingir un inicio de idilio con Karin Colfax para ganarme su confianza. Por eso no te dije nunca nada, ni siquiera te lo di a entender. Ahora ya puedo hacerlo. Naturalmente, puedes negarte si no te gusto. Pero como necesitamos conocernos, podrías ir a casa como doncella. Y entonces, tendríamos tiempo para conocernos... y discutir si podemos ser marido y mujer. ¿Qué te parece?

—Estás loco —rió ella, todavía con sus mejillas arreboladas.

—Quizá —se encogió de hombros Kervin—. Es un riesgo que tienes que correr, si me aceptas.

—Creo que será mejor que lo discutamos mañana por primera vez, cenando juntos —terminó por decidir Marsha risueñamente—. Porque lo malo de todo esto es que, desde que te vi, también yo me sentí atraída por ti, pero ¿cómo pensar en que una doncella se casara con un oficial de policía?

—Ni tú eres Cenicienta, ni yo el príncipe —rió Brooks. Le tomó una mano con calor y la miró a los ojos—. Queda convenido. Mañana por la noche, a las ocho.

—A las ocho en punto —confirmó Marsha.

Y por su modo de mirar al joven oficial, todo parecía dar a entender que no iba a ser tan difícil aceptar la proposición sorprendente de Kervin Brooks.

FIN